

ELIZABETH LÓPEZ CABALLERO

LAS
CARICIAS
QUE NO ME
DISTE

Multiverso 

ELIZABETH LÓPEZ CABALLERO

LAS
CARICIAS
QUE NO ME
DISTE

Multiverso 

Las caricias que no me diste
©Elizabeth López Caballero
© Multiverso Editorial, 2016
© Grupo Editorial Omniverso. 2016
Fotografía de portada y biografía por José Tándem
www.josetandem.es

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz
ISBN: 978-1977895721
Depósito legal: CA-289
Printed in Spain
Primera edición: octubre, 2017

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

A mi madre y a la madre de mi madre: mi abuela.

A mis hermanas y a mi sobrina.

A todas las mujeres que luchan día a día por sobrevivir.

Prólogo

El día que conocí a Elizabeth sentí una sacudida. De esas que te dan cuando tu instinto intenta avisarte de algo. Nunca se me ha dado muy bien entender al universo, ni a mí misma, así que no supe descifrar si lo que trataban de advertirme era que tenía ante mí a alguien bueno o malo.

No imaginaba en ese momento que aquella joven —que decía estar muy ocupada— y que desprendía una energía arrolladora, iba a convertirse en muy poco tiempo en una persona imprescindible en mi vida.

Me habló de sus dos novelas publicadas y pensé «vaya, es posible». Cuando le dije que también escribía no dudó ni un segundo en animarme a intentarlo. Y esa ha sido desde entonces la tónica de nuestra relación. Ella ve en mí, cosas que yo misma no veo.

En *Las caricias que no me diste* Elizabeth nos cuenta una historia de desamor y dolor. Una novela desgarradora donde su protagonista, Carolina, comparte vivencias con una prostituta que le enseña a ver la vida desde otra perspectiva.

A Carolina le han roto el corazón, como nos ha pasado a todos alguna vez, y a su alrededor el mundo se para. Es gracias a su trabajo, a la sabiduría de su abuela y a las experiencias vividas por su amiga —sí, la prostituta que lleva mi nombre— que nuestra protagonista recoge y recompone los trozos de su maltrecha vida y sigue adelante.

Si quieren leer una novela que les enganchará desde la primera palabra, que les hará sentir y vibrar, llorar y reír, no pierdan la oportunidad de conocer *Las caricias que no me diste* y adentrarse, de la mano de Elizabeth López, en un mundo del que no querrán salir.

Recuerda, amiga: Juntas, contigo como mi satélite, podemos conseguir todo lo que nos proponamos. No olvides que casi hacemos volar todo un planeta.

Zeneida

Mirada

Las Palmas, a 14 de julio de 2017

*Yo no hablo de venganzas ni perdones,
el olvido es la única venganza y el único perdón.*
(Jorge Luis Borges)

*Si yo pudiera darte una cosa en la vida,
me gustaría darte la capacidad de verte a ti mismo a través de mis ojos.
Sólo entonces te darás cuenta de lo especial que eres para mí.*
(Frida Kahlo)

*Los seres humanos no nacen para siempre el día en que sus madres los
alumbran,
sino que la vida los obliga a parirse a sí mismos una y otra vez.*
(Gabriel García Márquez)

*A la vida le ocurre lo que a la inteligencia y a la felicidad.
Si no la pones al servicio de los otros
no vale absolutamente para nada.*

(José Luis Correa)

In memoriam de Eulalia

La mujer de las mil historias y los chistes verdes. La de las noticias a las dos en la primera. La del cajón de los dulces y la del arroz con leche. La que me guardaba los secretos y me libraba de los castigos. La del olor a Mecánico Blanco y la del buchito de café. La que burló a la enfermedad y a la muerte durante años. La que decidió cuándo morirse. Porque era un poco así, *echa'pa lante*. La que albergaba una inagotable fuente de sabiduría y para todo tenía un refrán. La mujer que llevaba la luna en su pelo de plata. Ella, la que me construyó a su imagen y semejanza. La de los valores. La de la paciencia. La de los cuentos... La mujer de la eterna sonrisa y gesto sosegado. La de las manos cruzadas sobre el delantal y un suspiro colgándole de la mirada. Ella, mi abuela, a la que llamaban Antonia, Eulalia, madre, abuela. A la que todos llamaban. A la que era imposible no amar. A la que es imposible olvidar.

1

Me llamo Carolina y estoy a punto de perder el norte. Creí haberlo perdido hace tiempo, pero no, ahí seguía, aunque mi brújula no supiera muy bien dónde estaba esa -N- mayúscula que debería darme todas las respuestas. Porque de eso va la cosa, de encontrar respuestas a todas las preguntas que me rondan por la cabeza. Sin descanso. Sin tregua. Pero no siempre he sido así. Hubo un tiempo en el que fui una chica normal. Hubo un tiempo en el que tuve un norte que se llamaba #lavidaesmejorcontigo hasta que se fue y, claro, ahora no sé muy bien hacia dónde dirigirme. Cómo reconducir mi vida o de qué forma hacer que mi GPS recalculé ruta. Mi amiga Dánae dice que cuando te pierdes literal o metafóricamente lo mejor es “*tirar pa’l sur*” que por lo menos allí hace calor. Pero no, lo mío no es un problema de puntos cardinales. Lo mío va más allá. Va de dudas, de miedos y de recuerdos que hacen saltar los puntos de sutura para que las heridas no puedan cicatrizar.

Veintiocho de diciembre de dos mil dieciséis

Siempre pongo tres alarmas. La primera me indica que es la hora de levantarse. La segunda que estoy en el ecuador del placer y la tercera es un #tíratedelacamaya en toda regla. Esa mañana no escuché ninguna de las tres veces ese horrible sonido que me indicaba que seguía viva y debía afrontar un nuevo día. No es que quisiera estar muerta o quizá sí. No eran buenos tiempos y la numerología de ese miércoles —día de los inocentes— no cooperaba. Cuando abrí los ojos las agujas del reloj hacían un ángulo recto entre el nueve y el doce. Las nueve en punto. La hora a la que empiezo a trabajar. De un brinco salí de la cama. Fui corriendo al baño y mientras me lavaba los dientes intentaba meterme, a la pata coja, un vaquero. Me puse una camiseta blanca y las *All Star*. Eran las nueve y veinte de la mañana. Llevaba veinte minutos de retraso, y por si no lo había comentado, #mijefaesunacabrona. Terminé de arreglarme mientras me miraba en los cristales de los escaparates de camino al trabajo. La redacción está a cinco calles de mi casa. Trabajo en un periódico, donde entre las muchas cosas que hago, escribo artículos de opinión que deben levantar ampolla en el lector. Y la levantaban. Me había ganado, por méritos propios, la fama de sucia feminista. Feminista puede que sí, pero sucia... Bueno, esa mañana no pasé por la ducha,

pero fue una cuestión de falta de tiempo, no de falta de hábito. Para más inri pillé todos los semáforos en rojo, así que tuve que decidir si perder la vida cruzando como las locas o perder mi trabajo. Lo último que recuerdo es el olor del alquitrán, un dolor en la cadera y la gente a mi alrededor llevándose las manos a la cabeza. Intenté levantarme, pero una señora me dijo que era mejor que esperara a la ambulancia. Que podía tener daños internos. Que la policía llegaría enseguida y que pronto estaría en el hospital. ¿En el hospital? Prefería morir bajo las ruedas del coche que casi me aplasta antes que ausentarme del trabajo y tener que escuchar las indirectas y sermones de la cabrona de mi jefa. Eso añadido a las horas extras que tendría que hacer por los días de baja. Me puse de pie y me sacudí el pantalón. Pensaba que no podía empeorar mi aspecto ese día, pero como cada vez que pienso, me equivoqué. «Qué no, señora, que estoy bien». «Qué sí, señora, que primero es la salud». «Qué no, señora, que no es tan fácil encontrar otro trabajo». La mujer y su buena fe solo estaban consiguiendo que me retrasara aún más y que pasara a ser una de las cuatro millones de personas que engrosaban las listas de desempleo en este país. Entonces me tocaron el hombro. Quise volverme y gritar: «¡qué estoy bien, coño!». Y fue ahí, cuando al volverme, me encontré con tu mirada parda. Con tus hoyuelos en los cachetes. Con tu pelo cortito y castaño. Con una hilera de perlas que colgaban de tu sonrisa.

—Dios, lo siento mucho. El semáforo estaba en verde. Tú no deberías haber cruzado. De verdad, ¿estás bien? ¿No quieres ir al médico? Si es por dinero no te preocupes, mi seguro lo cubrirá todo.

Me agarraste por ambos hombros como si temieras que fuera a romperme. Como si las costuras que cosían a la mujer en la que me había convertido estuvieran a punto de saltar por los aires y dejar al descubierto que no era más que una muñeca hecha de trapos. Los demás coches se impacientaron y empezaron a tocar la pita. Si no había sangre, si no había muertos, ¿por qué tanto alboroto?

—Eh, no, de verdad, estoy bien. Fue una caída tonta. Apenas me rozaste. Creo que me tiré yo por el propio miedo. Además crucé en rojo, *mea culpa* —no podía parar de hablar.

—Mira, te dejo mi tarjeta. Por favor, te ruego que si notas cualquier dolor o molestia no dudes en llamarme.

Cogí la tarjeta sin apartar los ojos de la hierba de tus ojos, un remanso de paz en el que quedarse a vivir. La guardé en el bolsillo del pantalón. Los coches seguían tocando la pita. Vi como te subías a tu Audi A7 gris metalizado. El teléfono del trabajo no dejaba de vibrar dentro del bolso. Aligeré el paso. Diez menos diez.

—¡Eh, oye!

Corrías hacia mí.

—¿Necesitas que te lleve a algún sitio? ¿Al trabajo, por ejemplo? Es que me siento un poco culpable.

—No, gracias. Trabajo a dos calles de aquí. Mejor me doy prisa porque ya llego bastante tarde y no creo que mi jefa se crea que casi me atropellan.

—Dime, al menos, cómo te llamas.

—Carolina.

Sonreíste. Me despedí de ti con la mano y seguí mi camino. Llegué a la redacción a las diez en punto.

—¡Joder, Carolina! ¿Dónde te habías metido? La bruja ha preguntado tres veces por ti. Te he llamado como una loca. Y qué pintas que traes, bonita.

—Si te lo contara no me ibas a creer, amiga.

—Inténtalo. ¡No me fastidies! ¿Cogiste cacho anoche?

—Dánae, eres una vulgar. Qué cacho ni san cacho. Ni que fuera un perro, además sabes que eso está cerrado por vacaciones indefinidas.

—Un perro no, amiga. Pero no te vendría mal un poco de *perreo*.

—No seas guarra y guarda esa lengua. Anoche solo estuve hablando con mi abuela, largo rato...

—¿Y qué tal?

—Bueno, es complicado. Esta mañana me levanté tarde y de camino aquí casi me atropella un coche. Fin de la aventura.

—¡Psss, tampoco es tan emocionante!

—Yo no dije que lo fuera.

—Seguro que casi te atropella uno de esos viejos que ven menos que tres montados en un burro.

—Pues no, insensible. No me atropelló un señor mayor, sino un jovencito.

—¿Y estaba bueno?

—No, bastante normal. Del montón.

Vi la decepción en la cara de mi amiga, no había nada que le gustara más a la pobre que un culo prieto y unos hombros anchos. Abrí el Mac para terminar de corregir el artículo que tenía que salir publicado esa semana y pude ver en la pantalla el reflejo de mi jefa al acercarse.

—Buenas tardes, Carolina. ¡Y bien tardes!

—Buenos días, Sofía. Siento el retraso. No lo va a creer pero esta mañana casi me atropella un coche.

Su carcajada silenció las teclas de los ordenadores de los demás periodistas.

—¿Y eres como las gatas, tienes siete vidas? Querida, he escuchado excusas mejores. Supongo que tendrás el artículo listo.

—Sí, estaba echándole un último vistazo.

—Carolina, lo quiero para ayer. ¿Me has oído? ¡Para ayer! Y no te olvides de

quedarte una hora más.

Asentí y me puse a leer el artículo que saldría publicado en mi columna.

Reflexiones de una sucia feminista

El placer de amar a un maduro

Compos sui, así definiría yo a un hombre de cincuenta años. Dueño de sí mismo. ¿Y por qué? Porque las mujeres estamos un poco cansadas, hartas, hastiadas, de los cuerpos duros y las mentes blandas.

De las prisas de juventud, corre para aquí, córrrete por allá y al final no sabes dónde ni con quién te andas corriendo. Los jóvenes tienen miedo de que se les arrugue el sexo. No sufran, no se arruga, gana experiencia.

Los jóvenes son mecha de volador en la cama, se encienden y se apagan a la misma velocidad. Se olvidan de que primero vienen los preparativos de la fiesta, los adornos. Que se anuncia poco a poco, se disfruta del baile, de la melodía que acompaña a dos cuerpos separados por el vello erizado de ambas pieles, y ya por último los fuegos artificiales, que duran más, que son dignos de admirar... Los voladores solo hacen ruido y asustan. Y las mujeres de hoy en día no queremos asustarnos.

Por eso merece la pena amar a un hombre de cincuenta, porque como dijo Augusto al lamentarse por la irreflexión de uno de sus comandantes: festina lente, apresúrate lentamente y llegarás antes a un trabajo bien hecho.

Un hombre de cincuenta es un soldado de la vida bien entrenado, ha errado más veces de las que ha acertado, y este es su mejor tesoro. Ha aprendido qué sí y qué no. Suele ser un hombre paciente, la prisa por vivir se ha sosegado, se le ha calmado el ánimo y ahora, con la juventud acumulada, sabe disfrutar del dulce sin deshacerse de su envoltorio.

Con un hombre de cincuenta siempre te divertirás. Ya no tiene complejos, no quiere impresionar a nadie. Sabe reírse de sí mismo, así como es conocedor del gran atractivo que eso genera en una mujer. No mira si te sobran kilos o te falta pecho... Sabe que no se debe pedir pan si no se tiene dientes.

Un hombre de cincuenta ha tenido varias relaciones y ha aprendido de cada una de ellas. No es perfecto, pero tampoco pretende serlo, y doy por sentado que mienten menos, las mentiras que tenían que contar ya se quedaron en el camino de pasados fracasos.

Son sensibles, han desarrollado la capacidad de escuchar y de no hablar cuando saben que las mujeres lo interpretaremos a nuestro antojo.

Un hombre de cincuenta huele a café recién hecho con un toque de canela y tiene las manos de terciopelo. Sabe disfrutar de las cosas sencillas. Un paseo bajo la luz de la luna, una tertulia con amigos, una mirada que dice lo que no se

atreve el corazón.

El hombre de cincuenta duerme poco y folla mucho.

Y siempre se asegurará de que tú disfrutes. Ha cultivado muchos campos, algunos se han marchitados, otros han sido devastados por alguna plaga, así que ahora riega y mimma la planta para que florezca, aunque en ello se le vaya la vida. Sembrará en el terreno de tu cuerpo un jardín de azahar y se sentará cada noche a admirarlo.

A esa edad se han caído las caretas, lo que ves es lo que hay. No son perfectos, insisto, pero, ¿acaso no hay mayor perfección que la de quien no pretende serlo?

Sé que muchos dirán que los jóvenes también tienen cientos de cualidades, y las tienen, pero les sobra rapidez y les falta tiempo. Sé que otros muchos dirán que hay hombres de cincuenta que son eternos Peter Pan, y quizá los haya... pero a pesar de todas las opiniones, que como sabores de chocolate hay, un hombre de cincuenta es el inicio del verso que arroja el sexo que no se arruga.

2

Eulalia

Carolina, Carolina, sabes que te he dicho muchas veces que no se puede vivir siempre en un «ay». Y tú, chiquilla, estás cogiéndole el gusto. ¿Qué es eso de que no te escucho? ¿Qué es eso de que es complicado hablar conmigo? ¡Pero si no hago más que escucharte y estar pendiente de ti!

Mira, presta atención, tu abuela quiere contarte algo, que creo —no estoy segura porque esta cabeza mía no da para más— que no te he contado. ¿Sabes cómo conocí a tu abuelo? ¿No? ¡Ay, parece que fue ayer! Yo tenía unos quince años, era una buena moza. Alta, delgada, con la melena larga, como ahora, pero por aquel entonces rubia. Llevaba un vestido largo con canacán que me había hecho mi madrastra, no sé si alguna vez te conté que mi madre, tu bisabuela, murió cuando yo tenía nueve años y me quedé a cargo de mis dos hermanos pequeños y ayudando a mi padre en el campo. Así fue como empecé a fumar, pero eso te lo cuento en otro momento. Como te iba diciendo, llevaba un vestido largo rojo con lunares blancos y unas Merceditas a juego. Rondaba el año mil novecientos treinta y nueve. Acababa de terminar la Guerra Civil. Una guerra que duró dos años, ocho meses y quince días. Pero eso lo sabrás tú que sé que eres muy lista. El uno de abril de mil novecientos treinta y nueve, Franco declaró su victoria y estableció una dictadura que duró treinta y cinco años. Tú por aquel entonces no estabas ni pensada, querida. Pero fueron años de muchas penurias.

Aun así, una intentaba ponerle un poquito de azúcar a las amarguras y nos escapábamos a algún baile a conseguir novio —siempre bajo la atenta mirada de nuestros padres aunque yo gozaba de bastante libertad, que no es lo mismo que libertinaje—. Continúo, querida, que me suelo ir por los cerros de Úbeda. Yo estaba en el baile de San Pascual, era tan divertido... Los hombres se sentaban todos alrededor de la pista de baile a esperar a que nosotras, las mujeres —que siempre hemos tenido el poder— los sacáramos a bailar. Sonaba *The five*, uno de los temas emblemáticos del *boogie-woogie*, la música de moda en aquella época, un *blues* más bailable que fue popular hasta los años cincuenta. Nada que ver con el *perreo* ¿se dice así, querida?, que escuchan los jóvenes de hoy en día. Como te iba diciendo, que se me va el baifo, me animé a sacar a bailar a un hombre «¡qué hombre!» Alto, de pelo negro engominado hacia el lado izquierdo.

Con bigote —no era lo que más me gustaba pero he de reconocer que le daba cierto aire de macho— (perdón, querida, aún me emociono hablando de él). Me deslumbraron sus ojos verdes pardos y una dentadura perfecta en la que me perdía cada vez que sonreía. ¡Ay, querida!, ¡qué tiempos! Terminó *The five* y empezó a sonar *La morenita de mi copla* de Estrellita Castro. Todas las muchachas cambiaron de pareja, pero yo, en cambio, agarré más fuerte a tu abuelo. ¡Ay, sí, chiquilla! Desde ese día con él gofio y cebolla. Un año estuvimos de noviazgo. Un año que pude ocultarle un secreto porque, chiquilla, tú tienes que aprender que al hombre todo y no el codo. Que está muy bien eso que haces de ser sincera y decir siempre la verdad, pero qué quieres que te diga, Carolina, que muy bien no te va. Que una cosa es predicar y otra dar trigo. Quizá deberías ser más reservadita. Un poco más tuya. Como dice tu amiga Dánae, deberías andarte con más misterios. Porque mira, vamos a hacer balance, ¿de qué te ha servido ser tan sincera? De poco, chiquilla, de poquito. Las veces que lo has sido has terminado hecha *cochafisco*. Recuérdalo, Carolina: al hombre todo y no el codo. Yo estuve un año engañando a tu abuelo. ¡Ay, no, chiquilla! ¡Nada de cuernos! ¡Válgame Dios! Sino de un secretillo que tenía bajo llave. Que yo siempre fui muy mía. Tengo que dejarte, querida.

Carolina, recuerda: *Para el amor y la muerte no hay cosa fuerte.*

3

Alcé la mirada y vi a Dánae en posición de gata en celo. No, no. No estaba a cuatro patas —aún— pero sí allanando el terreno. Movía las caderas de un lado a otro mientras se enroscaba un mechón de pelo con el dedo índice de la mano derecha en su larga melena pelirroja. Estaba de espaldas, pero podía imaginármela mordiéndose el labio inferior tipo: *Cincuenta sombras de Grey* y parpadeando como si fuera una conejita *Playboy*. Había vivido tantas veces esa escena... No alcanzaba a ver quién era su víctima. Sí, literalmente, su víctima. Porque mi amiga —a la que adoro— le iba a chupar mucho más que la entrepierna. Escuché algunos retales de la conversación: «suena tentador», dijo él. «Te dejo mi número», propuso ella. «Uf, es que ando muy liado», se excusó. «Seré breve», insistía Dánae. El pobre chaval no era consciente de que entre más difícil se lo ponía, más la retaba. Porque ella sabía que le costase lo que le costase, siempre se salía con la suya. «De verdad, estoy en un momento de mi vida de búsqueda interior», continuaba el joven. «¿Eres gay?», atacó Dánae. «Algo así», se resignó. «Tú te lo pierdes», sentenció mi amiga. Se dio la vuelta para volver a su mesa y ahí fue cuando nuestros ojos volvieron a encontrarse por segunda vez en la mañana. Me sonreíste. Te devolví una media luna dibujada en mi cara. Te fuiste acercando a mi mesa mientras yo me acercaba al vacío.

—Hola otra vez. Me alegro de que estés bien. No he podido dejar de pensar en ti durante toda la mañana. Bueno, en ti tirada en la carretera por mi culpa.

—Ejem, ¿me he perdido algo? —interrumpió Dánae.

—Disculpa, Dánae. Él es... Lo siento, hoy me olvidé de preguntarte tu nombre.

—Y por lo que veo tampoco leíste mi tarjeta.

Me sonrojé.

—Lo siento, venía con prisa y mi jefa no se creyó la historia del atropello, así que no he tenido tiempo de ver tu tarjeta.

—¡Joder!, este es el tío que te atropelló. Ya me hubiese gustado a mí que me empotrara.

—¡Dánae! —chillé.

—Disculpa, Carolina. Quería decir que me atropellara.

Tú nos mirabas divertido y yo sabía que eras peligroso. Que no estaba a salvo. Que quizá lo hubiese estado debajo de las ruedas de tu coche, pero no frente a ti. Así, vulnerable, en aquel momento de mi vida donde sabía que el corazón estaba en el lado izquierdo del pecho por lo mucho que me dolía. Porque había bajado a

los suburbios de mi alma y me había jurado que nunca volvería a deambular por allí. Porque antes que tú ya me habían partido en dos y casi no logro recomponerme.

—Perdona a mi compañera, es una mujer muy bromista.

—Amiga y cachonda. Soy su amiga y soy una mujer muy cachonda.

Dánae te guiñó un ojo y se puso, haciendo gala de una gran sensualidad, sus gafas para ver de cerca. Sí, era miope, algún fallo tenía que tener. Luego me dijo, sin quitar la vista de la pantalla de su ordenador, que tú eras gay, eso te hizo lanzar una carcajada y creí verte por dentro.

—¡Querido mío, ya estás aquí!

La bruja salió de su despacho y te dio un abrazo. Yo intenté hacerme invisible detrás de mi ordenador.

—Veo que ya conoces a Dánae y a Carolina. Espero que no te hayan molestado —te dijo mientras nos miraba con desprecio.

—Para nada, me han hecho muy amena la espera. Además, estoy en deuda con Carolina. Esta mañana la he atropellado.

Sofía me miró con sorna.

—¡Ah, qué sorpresa! Carolina, no me habías contado nada, ¿estás bien, querida?

—Sí, Sofía. Solo agoté una de mis siete vidas.

Frunció el ceño, te agarró del brazo y entraron en su despacho.

Respiré.

Noté una mirada inquisidora a mi derecha. Mi amiga estaba observándome con los brazos cruzados esperando una explicación.

—¿Y bien? —me increpó.

Me volví. Era una mujer realmente guapa, me hubiese encantado parecerme a ella. El hombre —aún sin nombre— no sabía lo que se perdía fuese o no gay. Tenía una larga melena pelirroja y totalmente lisa que le caía como una cascada hasta el final de la espalda y el principio del deseo. Lo más llamativo de su cara —pero no lo único— sus grandes ojos negros. Más que guapa era sexy. Irresistible. Algo pendón, su lema era: «si Dios le había dado esos donde —solía decir mientras se señalaba las tetas— no era para que se lo comieran los gusanos sino los humanos».

—¿Y bien? —repitió molesta.

—¿Y bien qué, Dánae? Es un tío —gay, como te ha dicho— que me ha atropellado. Punto y final.

—¿Dónde está su tarjeta?

—No sé, Dánae. En el bolso la habré puesto.

—¡Dame el bolso!

—Tía, estás peor de lo que pensaba.

Hurgué en la cartera hasta que la encontré. Se la di y continué corrigiendo el artículo bastante harta de la situación.

—«Ian de la Fe, Cardiólogo», ¡joder con el marica!

—¡Homosexual, Dánae!

—Carolina, aunque tú te empeñes en usar eufemismos, sigue siendo maricón.

En ese momento se abrió la puerta del despacho de Sofía. Se despidieron con dos cariñosos besos. Te acercaste a mi mesa.

—Encantado, Carolina. Tienes mi tarjeta, si necesitas algo, no dudes en llamarme.

—No te preocupes, que si le rompe el corazón un heterosexual, te llamamos para que se lo recompongas.

Miré a mi amiga y resoplé. Como diría Sabina: «*Siempre tuvo la lengua muy larga y la falda muy corta*». Me levanté y te tendí la mano. Me la agarraste y permanecimos unos segundos así. Sosteniéndonos el uno al otro. Porque tú también estabas algo roto aunque yo no entendiera de corazones.

—Ha sido un placer —sonreí.

—El placer, sin duda, Carolina, ha sido mío. ¡Ah, por cierto, desde hoy serás la favorita de tu jefa!

Me guiñaste un ojo y te marchaste con tu pantalón vaquero, tus zapatillas de Pedro del Hierro, tu polo celeste y tu americana azul. Te marchaste con tu hermosa sonrisa, con tus ojos brillantes y un trozo de mí. Y es que yo era un poco así, iba regalándome sin tener en cuenta que hay quienes no cuidan los regalos o que los tratan como simples juguetes. Sofía me llamó a voz en grito desde su despacho. Me demoré en ir, porque, sin saber cómo, estaba escribiendo en la última página de mi agenda:

Me duele el corazón y no padezco insuficiencia cardiaca.

*Me duelen las tristezas que se cuelan en los ventrículos,
acampan en las arterias y hacen llorar gotas de sangre a las venas.*

Se contrae con los recuerdos y se dilata con el olvido.

*Cada latido anhela tu aliento cerca de mis labios ansiosos por volver a besarte
antes de exhalar un último suspiro.*

Dánae apareció detrás de mi silla. Cerré de golpe la agenda. Si leía lo que acababa de escribir, tendría charla para varios días: que si era una ñoña, que no escarmentaba, que ya me decía mi abuela que toda albarda tiene su moledura, que así me iba...

—¿Sabes que el doctor corazón no es gay, verdad?

—Por favor, no empieces. Sé que te hubiese encantado acostarte con él, pero por desgracia, en esta ocasión, comparten demasiados gustos: ¡los hombres!

—Acostarme con él, no. Me hubiese encantado follármelo. A dormir se va sola. Un hombre después del sexo estorba.

—De verdad, Dánae. No puedo contigo.

Me levanté y me fui al despacho de mi jefa, que derrochaba amabilidad por todos lados. No supe si relajarme o asustarme.

4

Eulalia

Hola, querida. He vuelto. Sí, lo sé. El otro día te dejé en ascuas. Espero que no hayas pensado que soy una cualquiera y que lo que le oculté a tu abuelo fue una infidelidad. Que no iba por ahí la cosa, ¡válgame Dios!, que sé que tú eres muy mal pensada. Y no, Carolina, el dicho: «piensa mal y acertarás» no es siempre así. Eso no te lo enseñé yo. De mi boca no lo escuchaste. Bueno, voy a sacarte de dudas. Mi madre, o sea, tu bisabuela, murió cuando yo tenía nueve años en un frío mes de febrero. No sabría decirte muy bien cuál fue la causa porque por aquella época la gente se moría y no había mucho más que decir, ya sabes aquello del muerto al hoyo y el vivo al bollo. Además, por aquel entonces uno era viejo con cuarenta años, no como ahora, que a los cuarenta se les llaman los nuevos treinta, ¡ay, si yo cogiera los treinta con la experiencia que tengo ahora! Pues con nueve años me quedé a cargo de mis dos hermanillos pequeños y de mi padre. Me tuve que convertir en una mujer cuando apenas medía metro y medio. Pero las cosas eran así, *mi jita*. Las mujeres éramos burras, cargábamos con la responsabilidad del varón desde el día del alumbramiento. Nos educaban para servir, ser buenas esposas y buenas madres. Para ser mujeres hornadas, no fueses a afrentar a la familia; ah, me olvidaba, ¡y sumisas! Casi no pude llorar la pérdida de mi madre. Tenía que ser fuerte. Mi padre también la echaba de menos, pero él lo hacía por las noches, cuando creía que dormíamos. Yo solía espiarlo a través de la ventana. Sabes que siempre pequé de enterada. Entonces lo veía allí sentado a la mesa de la cocina, con la camisa desabrochada y sucia de trabajar las tierras. Parecía tan mayor... Lloraba. Sujetaba con la mano derecha un vaso de coñac y con la izquierda apretaba fuerte la botella. Tan fuerte que las venas de las manos le latían. Tendría miedo, el pobre hombre, de que se le escapara su único consuelo. Mantenía la mirada fija en algún lugar ajeno a lo que le rodeaba. Las lágrimas rodaban silenciosas. Mantenía las mandíbulas bien apretadas para que no se le escapara ningún gemido, ningún grito ahogado que encontraba salida entre sus dientes. Aquel hombre fuerte del que mi madre se enamoró había desaparecido. Lo había consumido el alcohol. Se lo había tragado la pena. Pero eso no fue lo que le oculté a tu abuelo. Como te dije antes, yo asumí la responsabilidad de la familia. Todas las mañanas, al alba, estábamos en los terrenos. Había que arar la tierra, abonarla, arrancar las malas hierbas, sulfatarla... Hacía mucho frío, niña. Mucho frío. Demasiado para una

enclenque de nueve años. Mi padre fumaba como una carretilla Mecánico Blanco. Él me pasaba el cigarro, me decía que cogiera una calada y me echara el humo en las manos y así las mantendría calientes. ¡Ay, niña! Que le cogí el gusto a aquel tabaco amargo y a los doce años mi padre y yo compartíamos vicio. Nada más terminar de cantar el gallo de buena mañana, yo me encendía un pitillo y me lo fumaba mientras miraba por la ventana cómo la neblina acunaba la cima de las montañas.

Me casé con tu abuelo engañado. Por aquella época rondaba el año mil novecientos cuarenta. La mujer que fumaba era puta o de clase alta. A mí me faltaba el dinero pero no por ello carecía de clase. Pero vete tú a explicar eso en plena dictadura. Yo era una mujercita de bien, como me educó mi padre, como yo te eduqué a ti. Solo que con un ligero desvío. Nunca se lo dije a tu abuelo antes de casarnos, no quería que dejara de verme como la señorita que era. ¡Ah sí, sabía yo que se me olvidaba algo! Cuando tenía quince años mi padre se volvió a casar. Gracias a aquella mujer —Dios la tenga en los reinos de la gloria— pude tener una adolescencia normal y volver al papel de hija. La pobre mujer quiso alejarme del vicio, pero ya era demasiado tarde. Sí, querida. Ya sé que no entiendes qué tiene que ver este rollo con el hecho de engañar a tu abuelo. Te lo explico, ¡ay qué mal trago! Tú sabes que en más de una ocasión te dije que la mentira es como la mierda, que siempre flota. Pues flotó, niña. Flotó y me salpicó en la cara. Yo seguí fumando Mecánico Blanco, bien lo sabes tú que después de que me hicieran la traqueotomía fuiste mi cómplice. Ya sé, ya sé que no te sientes orgullosa de ello y que te culpas de... ¿Te acuerdas, Carolina, cuando yo me escondía en el balcón a fumar, antes de que tu madre te abandonara, y una noche llegó a recogerte, y yo, para evitar que me sermoneara salí de allí como alma que lleva el diablo y te dejé con el cigarro —con mi cigarro— en la mano, prestándose eso a confusión? Mi hija te arreó tremendo bofetón por jugar a las mujeres mayores y sorprenderte fumando. Tú te quedaste allí, sin defenderte ni delatarme. Haciéndole creer a todo el mundo que eras una rebelde. Por la noche te pregunté en susurros que por qué no dijiste la verdad. Tú enredaste tu pequeño dedo meñique con el mío y dijiste: «secreto profundo de amiguis». ¡Ay, Carolina! Cómo me rompiste el corazón. Cuánto hiciste por mí. Y yo, querida... Yo nunca te di las gracias por aquel día. Ni por los posteriores. Pero bueno, chiquilla, agua pasada no mueve molinos, continúo con la historia que no me quiero poner sentimental. Me casé y tuve la suerte de que tu abuelo también fumaba esa marca de cigarrillos. Así que de vez en cuando le cogía uno, los matrimonios son así, querida: lo tuyo es mío y lo mío es mío, que diga tuyo. Él nunca se dio cuenta hasta que una tarde llegó el hombre de trabajar antes de lo

habitual. Yo estaba sentada en la silla de madera que está junto a la cocinilla de gas. Tenía a fuego lento, para que no se pegara —ese era el truco que tantas veces me preguntaste— un caldero de arroz con leche. Mientras esperaba a que se guisara, removiéndolo de vez en cuando con una cuchara de palo, disfrutaba de un cigarro. Escuché de pronto la puerta de la calle cerrarse y los pasos cansados de tu abuelo por el pasillo. Apagué el cigarro y escondí el cenicero debajo del delantal marrón que llevaba encima del vestido negro —luto por mi hermano que murió en la guerra— ¡ay, pobrecillo de él! Crucé las manos sobre la falda y me dispuse a recibir a mi hombre con una amplia sonrisa.

—¿Dónde está? —gritó tu abuelo.

Miraba a ambos lados esperando encontrar a mi amante.

—¿Dónde está quién, querido?

—El mal nacido que está escondido. Huele a cigarro. ¡Qué salga que lo mato!
¡Da la cara, no seas cobarde!

La cosa se estaba poniendo fea, querida. Así que saqué de debajo del delantal el cenicero, lo miré a los ojos y le dije: «ese hombre soy yo». A tientas alcanzó una silla de la cocina y se sentó. Le conté la misma historia que acabo de contarte a ti mientras nos fumábamos un Mecánico Blanco a medias y, entre humo y humo, tejíamos una red de complicidad que duraría casi cuarenta años. Una red sólida que no se rompió nunca. Bueno, querida, hablamos más tarde.

Carolina, recuerda: *A donde el corazón se inclina, el pie camina.*

5

Entré en el despacho de Sofía sorprendida por su amabilidad y expectante por saber a qué se debía ese derroche de buenas maneras en ella, que siempre andaba increpando a los demás. Tenía un despacho extravagante, de colores chillones y decoración *cool*. Estanterías llenas de premios y libros, sobre todo de Unamuno: *La tía Tula*, *Niebla*, *San Manuel Bueno, mártir*, *Abel Sánchez*. Vi algunos de Kafka, de Galdós. Sofía era insoportable, pero he de reconocer que era culta. Una mesa blanca donde reposaba un Mac, un sofá fucsia, todo combinaba y estaba pulcramente ordenado.

—Carolina, siento mucho lo que te ha sucedido esta mañana. Debe de ser horrible verse al borde de la muerte —hablaba de forma exacerbada, era una mujer muy pasional, hasta para una simple conversación—. Y pensar que podría haber perdido a mi mejor periodista. Yo cada vez estaba más perpleja.

—Bueno, Sofía. Agradezco su preocupación, pero le aseguro que no fue para tanto. Estoy bien, de verdad.

—Bueno, te preguntarás que por qué estás aquí. Me acaba de llamar Puro, un amigo que tengo en la brigada del crimen organizado, porque esta noche van a hacer una redada en la calle Ángel Guimerá por temas de narcotráfico y trata de blancas. ¿Te gustaría ir con ellos? Te doy un mes para que investigues y hagas un buen artículo. Si es cierto que estamos ante un caso de trata de blancas, quiero que salga a la luz.

En ese momento sentí que todo a mi alrededor daba vueltas. Llevaba años deseando investigar sobre este tema. La prostitución era un argumento delicado para mí. Recuerdo que cuando tenía quince años y me ponía muy pesada para salir con mis amigas —como buena adolescente— mi abuela me llevaba en el coche por las calles de la zona de Arenales: Lugo, Molino de viento, Pamochamoso, Ángel Guimerá, para mostrarme lo que era la mala vida. Yo miraba a aquellas mujeres que se abalanzaban sobre el coche, semidesnudas, con la mirada ida. Desgastando las aceras de un lado para otro buscando quien quisiera quererlas por un ratito. Por solo treinta euros ellas daban amor sin complicaciones. Sé que la pedagogía de mi abuela quizá no era la acertada, puede que mi obsesión por querer salvar a las mujeres de la calle fuese un trauma infantil, no lo sé. Pero ahora tenía la oportunidad de darles voz y estaba decidida a hacer lo que fuera necesario para conseguirlo.

—¡Di algo, Carolina!

—Discúlpeme, Sofía, pero es que aún estoy asimilando la información. ¡Claro, claro que quiero! Muchas gracias por esta oportunidad. No la decepcionaré.

—No me las des a mí. Dáselas a Ian, me ha hablado maravillas de ti y eso que solo te ha atropellado —Sofía me miró con picardía. Yo sentí como mis cachetes echaban fuego.

—Es el sentimiento de culpa —contesté.

—Esta noche a las diez te recogerán delante de la puerta de la redacción. Haz todo lo que te digan y déjame en buen lugar.

Volví a darle las gracias y salí del despacho sabiendo que desde ese día todo iba a cambiar.

*Esta noche estoy presa del insomnio de pensarte
enredado en las sábanas de mi recuerdo.
Esas que tejiste con las caricias de tus manos
y me abrigaron el desconsuelo de amores pasados.*

6

Pablo

Aún hablo de ti, Pablo, y me duele el alma. Lo sé, un tópico muy literario. Pero es así. Me dueles por dentro, Pablo, y por fuera. Me duelen las caricias que todavía persisten en mi piel y me duelen los besos que te faltaron por darme. Porque te faltó mucho por entregar. Te faltó entregarte. Siempre tan tuyo, tan cerca y a la vez tan lejos. Quitándome lo mismo que me dabas. ¿Te acuerdas, Pablo, de cómo nos conocimos? Seguro que no. Nunca te acordabas de nada. De nada relacionado conmigo. No, no soy melodramática, Pablo. Soy realista y bien sabes que me costó mucho serlo. Me agarré a nuestra historia como si mi vida pendiera solo de tu aliento. Lloré en la ducha después de hacer el amor por todas esas veces que me decías que lo nuestro, que tú, no podías ser tan importante en mi vida y que la relación no lo era todo para ti. No era nada, Pablo. Tú siempre con tus verdades a medias. No era nada. Yo sí recuerdo cómo te conocí hace ya cuatro años. Un veinte de septiembre de dos mil doce. Como para olvidarlo. Mi jefa me había llamado desde muy temprano, me pasó el contacto de un director de cine y me dijo que no fuera por la redacción. Que él me estaría esperando en *Alma Mater*, una cafetería de la zona de Tomás Morales. Llegué como a todo, tarde. Como a todo, no. A tu vida llegué muy pronto, Pablo, cuando aún no estabas preparado para dejarte amar. Porque sabes que tu problema es ese, que te da miedo que te amen mucho. Que te da miedo que te amen bien. El local estaba vacío. La camarera colocaba unos libros en la estantería de clásicos. Un matrimonio sexagenario leía el periódico él y *La tía Tula*, de Unamuno, ella. Sonreí al recordar cómo Mario condenó el amor por Gertrudis casándose con Rosa porque la primera no estuvo atenta, no vio las señales de cómo el hombre se bebía los vientos por ella. Y lo echó a los brazos de su hermana, enterrando ella esa pasión pecaminosa —para la beata Tula— que echaba raíces en su pecho. Al fondo había un señor de unos cincuenta años concentrado en su Ipad. Supuse que eras tú. Caminé hacia ti y cuando me acercaba alzaste la mirada. Te sonreí y tropecé con una butaca mal colocada. Se me cayó la libreta y la grabadora. Los folios de mi última investigación quedaron esparcidos por el suelo. Uno fue a tener a tus pies y te inclinaste a recogerlo. Le echaste un vistazo y con una sonrisa de medio lado me dijiste: «un tema interesante». Acto seguido te pusiste a leer en voz alta:

Quizá estemos ante el paradigma de esta pléyade de mujeres enmascaradas tras un apelativo masculino. Genio y figura, Amantine Lucile Aurore Dupin —la mujer escondida tras George Sand— hizo de su biografía una obra de arte. Imbuida en el ambiente romántico que reinaba en la literatura europea, hizo de su capa un sayo y bandeó los códigos sociales reinantes con actitud desafiante. Ataviada con chistera y levita, se rodeó de los popes del romanticismo entre los que encontró grandes amistades, tales como el compositor Franz Liszt, el pintor Eugène Delacroix, el escritor Heinrich Heine, así como Víctor Hugo, Honoré de Balzac, Julio Verne, Alejandro Dumas y Gustave Flaubert. Promiscua, andrógina, provocadora y, lo que es más importante, prolífica y talentosa; es autora de más de ciento cuarenta novelas, otras tantas obras de teatro y un sinfín de textos periodísticos. Su obra más emblemática es Indiana, donde aborda el adulterio, la coacción social y el deseo insatisfecho de un amor romántico.

Mientras leías me fui fijando en ti. Un hombre bastante atractivo para su edad. Alto, delgado, con gafas y ojos inquietos, barba de tres días y una peculiar sonrisa hacia la izquierda. De voz ronca y sexy que te iba acunando mientras narraba cualquier historia. Bastante desarreglado.

Con poco pelo —cosas de la edad— camisa de manga larga azul, pero recogida hasta el codo, vaquero desgastado y zapatillas deportivas. Olías a Calvin Klein. —La literatura y el cine siempre han sido mundos difíciles para las mujeres —te levantaste y me tendiste la mano—. Pablo Ruiz —dijiste.

—Hola, señor Ruiz. Soy Carolina y vengo del periódico *Al Día*.

—Sí, lo sé. Sofía me citó aquí y me dijo que vendría alguien a entrevistarme. ¿Estás escribiendo sobre el papel de la mujer en la literatura?

Me metí el pelo detrás de la oreja e intenté ordenar los apuntes que minutos antes estaban esparcidos por el suelo. Estaba nerviosa. Me pusiste nerviosa desde el primer día.

—Bueno, más o menos. Me gustaría escribir algo relacionado con el papel de la mujer en la literatura. Pero realmente quiero hablar sobre la prostitución, aunque ya he desistido. Mi jefa no quiere abordar ese tema, dice que es muy clásico, aunque yo creo que aquí, a nuestro alrededor, hay más trata de blancas de lo que pensamos. En fin, me gustaría escribir algo que haga vibrar a la gente, algo más que un artículo, pero no sé muy bien cómo hacerlo. No paso de ser una simple articulista, quizá ir más allá es ambición por mi parte.

—¿Quieres ser escritora?

—Eh, no, no. Bueno pero estamos aquí para hablar de usted y...

—Tutéame, por favor.

—Bueno, pues que estamos aquí para hablar de tu última película que creo que está grabada en nuestra isla y habla sobre literatura canaria. Sobre Galdós, concretamente.

—Así es.

Te pasaste una hora hablando de cine, de Galdós y de literatura mientras yo te observaba. Me contaste que Galdós emprendió la redacción de *Episodios Nacionales* inspirado en los relatos de su padre, quien participó en la guerra contra Napoleón. Concluiste con tu sonrisa ladeada e invitándome a cenar para hablar de esas mujeres que tuvieron que esconderse detrás de un nombre masculino para hacerse un hueco en un mundo solo de hombres con una lógica falocéntrica. Y de putas. También hablaríamos de putas. Yo acepté sin saber por qué, quizá sí lo sabía. Sabía que me iba a enamorar, lo que no sabía era que dolería tanto.

7

Las calles estaban iluminadas con los aguinaldos que colgaban de las farolas. Árboles llenos de luces, falsos belenes en las rotondas. Caminaba hacia la redacción con una mezcla de sentimientos: miedo, emoción, responsabilidad... Por fin iba a tener la oportunidad que llevaba más de un año esperando: hacer una investigación sobre la prostitución en la ciudad, que era mucha. Metí las manos en la chaqueta —una costumbre que me daba seguridad—, palpé la tarjeta de Ian, llevaba toda la tarde dándole vueltas a si llamarlo o no. Se merecía que le diera las gracias. Si estaba de camino a uno de mis tantos sueños laborales era gracias a él. Pero me aterraba volver a tener contacto con un hombre. No sabía si sería capaz de poder estar con alguien después de lo sucedido con Pablo. No sabía si aún seguía siendo persona después de que lo nuestro acabara. O, si simplemente, por inercia, me había limitado a subsistir sin él. Decidí que según se diera la noche le mandaría un *whatsapp* para agradecerle lo que quiera que hubiera hecho para conseguir humanizar a Sofía. Sí, solo un *whatsapp*, frío y distante, pero cordial. Así zanjaría su deuda y evitaría tentar al diablo. Porque el diablo me la tenía sentenciada y yo eso lo sabía. Había podido ver cómo se las gastaban en el infierno y no quería volver a estar allí.

En la puerta de la redacción me esperaba un Ford Focus negro con los cristales tintados. En su interior había dos hombres: J.J. Puro, de unos cincuenta y ocho años; fuerte, alto y de pelo blanco y Martín, que rondaba los cuarenta. Bastante guapo, con dos medias lunas instaladas debajo de los ojos que contaban historias tristes y horas de duro trabajo. Tenía el pelo castaño y la barba rasurada. Me gustaron sus manos, finas y de dedos largos. J.J. Puro me indicó con un movimiento de cabeza que entrara en el coche, no sin antes enseñarme la placa para que estuviera segura de que eran ellos, pues no iban uniformados. Me subí al coche y me presenté.

—Señorita, esto no es un juego. He aceptado que nos acompañe porque Sofía es íntima amiga de mi mujer y no quiero caras largas cuando llegue a casa si no acepto que venga con nosotros. No se las dé de reportera dicharachera. Así que no haga nada, no diga nada y limítese a mirar.

Asentí y me escurrí en el sillón de atrás. Martín me miró por el retrovisor e intentó restarle importancia a las palabras de su compañero con un guiño. Le

devolví una tímida sonrisa y nos pusimos rumbo a la zona más oscura de la ciudad.

8

Eulalia

Querida, te voy a contar una historia. Una de esas historias que tanto te gustaba que te contara cuando eras pequeña. Recuerdo cómo venías a mi habitación con tu camisón blanco y con Pancete bajo el brazo: «abuelita, abuelita, mira qué dientes más limpios tengo». Sonreías con demasiados huecos y algunos dientes de leche. Yo me llevaba las manos a la cabeza y te decía que eran los dientes más brillantes que había visto jamás. Entonces te subías a mi cama con tu oso de peluche y me mirabas con esos hermosos ojos color miel. «¿Hoy hay cuento, abuelita?» Yo te acurrucaba contra mi pecho y te relataba cientos de aventuras de princesas fuertes y valientes. Quería que fueras una mujer independiente. Que estuvieras segura de tu valor y así había sido hasta que... A veces, querida, hay que ser dura y egoísta. Quizá no te conté todos los cuentos que debí. Quizá deberían haber sido de brujas o de *chamanes* que tuvieran una pócima para aliviarte el dolor que llevas colgando de la mirada y que tan bien sabes disimular. Quizá con mi cuento de hoy te arrulle la pena.

El basurero del alma

«Había una vez un señor al que le decían el basurero del alma. No era un basurero común. Él solo se llevaba la porquería que había en el interior de los habitantes de aquella ciudad. El basurero era tan querido como odiado. Había quienes querían que pasara por su casa para volcar en él todas sus miserias. Y había quienes cada vez que percibían su olor cerraban puertas y ventanas fingiendo no estar en casa. El basurero no les obligaba a deshacerse de nada que no quisieran. Él los miraba con dulzura y les hacía entender que si seguían llenando el contenedor de porquería, empezarían a dar mal olor y a nadie le gusta estar con gente que huele mal. Entonces la gente lloraba, gritaba o maldecía al basurero, se vaciaban mientras llenaban a aquel paciente señor que solo les cobrara cinco de las antiguas pesetas por llevarse la basura. Cada semana pasaba con su barba larga, su enorme tripa y su sonrisa. Te preguntarás que qué ocurría con esa gente que nunca se deshacía de ningún desperdicio. La gente que nunca lloraba, que nunca se enfadaba o que fingía estar bien, terminaba desapareciendo entre su mugre, se los tragaba su propia mentira. Cuando eso ocurría el basurero se lamentaba por no haber podido

hacer nada. Recogía la podredumbre que había quedado y se marchaba sin sus cinco pesetas».

Carolina, ábrele la puerta al basurero. Que las penas compartidas son menos penas. Dulces sueños, pequeña.

Carolina, recuerda: *Quien bien te quiere, ¡no!, te hará llorar.*

*Ahora que nos dio por ordenar nuestro corazón
nos damos cuenta de cuánto sentimiento arrugado,
caricias desteñidas,
besos sucios
e ilusiones descosidas teníamos en él.
Y digo yo si habrá lavandería y sastre
que arregle y limpie esta sin razón,
que a ti y a mí un día,
jugando a los maduros,
nos dio por llamar amor.*

9

Pablo

Hola, Pablo. Hoy he vuelto a pensar en ti mientras observaba cómo las lágrimas del cielo venían a parar desconsoladas a mi ventana. Desde la cama las veía resbalar por el cristal y noté tu ausencia como un puñal de acero en una noche de invierno. Me acurruqué contra mi propio vacío y cerré los ojos para traerte hasta aquí. Tu risa fue dándole ritmo a la habitación. Sentí tus dedos traviesos jugar con mi canalillo y ver cómo se encendía tu lengua. Yo me dejaba hacer por tus manos experimentadas, por tu boca traviesa. Yo me dejaba hacer...

¿Te acuerdas, Pablo, de nuestra primera cena? Fue después de aquel encuentro en la cafetería. Quedamos un viernes a las nueve de la noche en el Muelle Deportivo. Me ibas a llevar a un sitio que según tú me encantaría. Y me encantó. Me gustó tanto que se convirtió en nuestro refugio. Nuestro lugar favorito. Cuando llegué llevabas algo de rato esperando. Me había retrasado porque no sabía qué vestido ponerme. Yo, que tanto control tenía sobre mí misma, andaba atolondrada por un hombre que me sacaba veintitrés años. Me recibiste con tu amplia sonrisa de media luna y un abrazo en el que quise fundirme, porque así era yo contigo, Pablo: toda pasión. Fue una noche de esas mágicas, con su cena, su buen vino, buena conversación y tu mirada. Quizá el exceso de alcohol fue lo que hizo que yo, una chica de bien, acabara enredada entre tus sábanas gimiendo como una perra. Amanecí a tu lado, con la cabeza sobre tu pecho mientras tú me acariciabas el pelo y supe que ese era el lugar en el que quería vivir el resto de mi vida. Y así fue, porque aunque te has ido y yo sigo respirando, algo de mí murió contigo.

10

Calle Ángel Guimerá

Llegamos a la calle Ángel Guimerá y Martín condujo despacio mirando a ambos lados. Las mujeres, muy al contrario del recuerdo que yo tenía, no se abalanzaban sobre los coches en busca de clientes, sino que permanecían sentadas en unas butacas altas a la entrada de la puerta. Todas extranjeras, todas muy arregladas. La gran mayoría eran nigerianas y alguna sudamericana. Mujeres de piel morena, pelo largo y negro. Con voluptuosas curvas y demasiado rímel en las pestañas. Todas de mirada triste. Martín paró el coche.

—Ahora nos vamos a bajar y a solicitar un servicio. Tú síguenos la corriente y no digas nada.

«¿Un servicio?», pensé. Me dolía la barriga y tenía la boca pastosa. Intenté ser profesional y no dejarme traicionar por mis prejuicios. Me fui repitiendo mentalmente que no debía ser expresiva, que no debía notárseme nada en la cara. Pero lo tenía que estar haciendo realmente mal, porque J.J. Puro me susurró que cambiara la cara de espanto. Llegamos a una casa de fachada blanca y puertas de aluminio del mismo color. Nos recibió una chica de piel trigueña, ojos rasgados y melena por la cintura. De pechos grandes y nalgona. Martín miraba a ambos lados. Yo intentaba seguir su mirada y pude observar que en la esquina había un hombre negro, de esos que dan miedo; alto, fuerte y con cara de pocos amigos, hablando por teléfono y que en un coche había otros dos hombres fumando y mirando para las puertas de las casas donde había chicas. Pensé que eran clientes, más tarde me explicaron que eran los chulos de las jóvenes. Entendí lo que llevaba mucho tiempo intuyendo, ellas no eran dueñas de su cuerpo, de sus vidas. Eran productoras de placer, pero su trabajo no se veía recompensado. Me indigné, pataleé y tomé una de las decisiones más difíciles que había tomado hasta el momento, pero no había vuelta atrás. Me puse la capucha de la chaqueta y regresé al coche.

11

Pasé la noche en un duermevela. Sabía que Sofía estaría como una furia por haberme marchado de aquella forma. Aunque mi comportamiento no implicó que el plan que tenían J.J. Puro y Martín se llevara a cabo, sé que fui un estorbo y una molestia. Cuando los dos hombres regresaron al coche —ambos con cara de pocos amigos— no quisieron contestarme a la pregunta de qué servicio íbamos a solicitar. Así que pasé el camino de regreso a casa en silencio.

Mientras miraba las grietas del techo de mi habitación jugaba con la tarjeta de Ian, una parte de mí quería escribirle y contarle la decisión que había tomado en relación al caso de la prostitución. Pero otra parte de mí pensaba en Pablo. Me encantaba contarle todos mis proyectos, pedirle su opinión... Me esforcé tanto para que se sintiera orgulloso de mí. Me dormí con la tarjeta de uno y el recuerdo de otro.

Llegué a la redacción antes de tiempo. Aún no habían llegado mis compañeros. La sala de trabajo, compuesta por más de veinte mesas rectangulares, cada una con su ordenador e impresora que tanto ruido hacen durante el día, estaba solitaria y en silencio con un aspecto desolador. Abrí mi Mac y empecé a redactar el primer artículo —esperaba que de los muchos— relacionado con la prostitución en la ciudad, usando el tirón de los documentales que estaba emitiendo el canal Cuatro sobre la trata de blancas. Mientras tecleaba con avidez notaba cómo me temblaban las manos y un regusto amargo me subía desde la boca del estómago. Sofía estaría al llegar, quizá con los papeles del paro, dispuesta a darme una patada en el culo por —como ella diría— «afrentarla delante de sus amigos». Solo esperaba poder explicarle las razones que me habían llevado a tomar aquella decisión y sobre todo, que me dejara seguir con mi plan, aunque tenía el presentimiento de que no sería así.

Reflexiones de una sucia feminista

Madame, ¿cómo duerme por las noches?

El pasado miércoles el canal Cuatro televisó el documental: “Esclavas, con la

trata no hay trato”. El documental contaba la historia de Marcela, una joven brasileña que llegó a España engañada para ejercer la prostitución —como muchas otras jóvenes sudamericanas, rumanas o nigerianas—. Marcela tiene treinta y cinco años, le falta el bazo, la mitad de un riñón, y le sobra un sueño. Nuestra protagonista quería ser abogada. Inició sus estudios en Brasil, trabajaba de día y estudiaba de noche. Hasta que se quedó sin trabajo y su sueño empezó a tambalearse. Y como los problemas nunca vienen solos apareció un hada madrina con alma de diablo. Misteriosamente, Marcela conoció a una mujer que se hizo íntima amiga suya. No de la noche a la mañana, sino tomándose su tiempo. Esa desconocida pronto se ganó la confianza de nuestra protagonista y la de su familia. Así fue como convenció a Marcela para viajar a España. Le aseguró que en unos meses, cuidando de niños y ancianos, reuniría el dinero para volver a Brasil y terminar sus estudios —debe ser la única que desconoce la realidad laboral de nuestro país—. Ella, como buena amiga, correría con todos los gastos de su periplo español; y así iniciaría Marcela una deuda que se incrementaba por días y que tendría que saldar con su cuerpo.

Huelga decir que al llegar a España no la aguardaba ninguna familia, ningún anciano senil, ni ningún niño sonriente. La recibió una mafia que le arrebató el pasaporte, la obligó a prostituirse y la amenazó con matar a su familia y violar a sus sobrinas si se le ocurría escapar. No olviden que Marcela llegó a España a través de esa «gran amiga» de Brasil que conocía las rutinas de su gente. Este fue el inicio del descenso al submundo de nuestra joven. Se volvió cocainómana y alcohólica por orden de su Madame y para evitar las palizas de los chulos. Tenía que consumir todo lo que consumieran los clientes. Mantener relaciones sin condón cuando se lo pedían, y para contrarrestar los daños tomarse la pastilla del día después, hacerse un lavado vaginal con betadine y seguir trabajando.

No llevaba más de media hora viendo el documental cuando se me agarró al pecho este sentimiento de angustia que aún, a día de hoy, mientras escribo este artículo, me acompaña. El nexos de la mafia brasileña con la española era una mujer. Las dueñas de los clubes donde ejercían la prostitución eran también mujeres.

Mujeres siendo testigos y verdugos del maltrato a una igual.

Mujeres privándolas de su libertad y de su dignidad.

Mujeres condenando a muerte a otras mujeres por dinero.

Al final todos tenemos un precio. Nuestros valores, nuestros escrúpulos o nuestra empatía no son más que números, preferiblemente, con muchos ceros detrás.

Mujeres... ¿Y si fueran sus hijas, sus hermanas o ellas mismas las que estuvieran al otro lado? Supongo que es una pregunta estúpida. Eso nunca les sucedería a ellas, dueñas y señoras del mundo. No es la única pregunta estúpida que me ronda desde ese día: madames, ¿cómo duermen por la noche? ¿No tienen pesadillas?

Por suerte, Marcela en el año dos mil nueve pudo escapar gracias a la ayuda de una ONG. Ha necesitado tres años para recuperarse y aún está en tratamiento psicológico. Ha retomado sus estudios y trabaja ayudando a mujeres que están pasando por su misma situación. ¡Bien por Marcela! Una mujer valiente. Así, una mujer con todas las letras. Simplemente, una buena mujer.

—¡Ey, guarrilla! ¿Qué tal anoche? Me quedé esperando un *whatsapp*.

Dánae me sorprendió por detrás. Mis compañeros habían ido llegando y yo no me había dado cuenta ensimismada en el artículo y en mis fantasías.

—¿Ha llegado Sofía? —le pregunté intentando posponer mi encuentro con ella.

—Sí, está en la puerta hablando por teléfono.

Puse los ojos en blanco y me dejé caer en la silla.

—¿Y bien?

Le resumí a Dánae lo sucedido la noche anterior y mi nuevo plan mientras imprimía el artículo. No debí sonar muy convincente por cómo mi amiga arqueaba las cejas y desaprobaba mi plan con un movimiento de cabeza.

—¡Te has vuelto realmente loca!

—Pero, Dánae. Piénsalo. Será mucho más real. Podré contar en primera persona lo que sucede.

—¡Sí, claro! Si no te matan antes.

—Eso no va a pasar, Dánae. La idea es que esté todo controlado por la policía.

—Mira, por ahí viene tu jefa. Cuéntale tu genial idea.

Sofía llegó a mi mesa antes de que me diera tiempo de levantarme.

—¡A mi despacho en dos minutos! —sentenció.

Miré a Dánae, quien también tenía cara de pocos amigos, buscando su consuelo pero no lo obtuve. Seguí a la directora del periódico. Cerré la puerta tras de mí y permanecí apoyada en ella mientras se quitaba el abrigo de Carolina Herrera y lo colgaba en el perchero que estaba justo al lado de la ventana. Se alisó la falda de tubo marrón chocolate y se sentó.

—¿Y bien? ¿Te vas a quedar ahí parada sujetando la puerta?

Me senté justo enfrente y entrelacé las manos. Quise pedirle disculpas pero no me dio tiempo de abrir la boca.

—A ver, señorita. Espero que tengas una buena razón para haberme afrentado anoche delante de mi amigo Puro. ¿Sabes lo que me costó que accediera a llevarte con él? Me has decepcionado, Carolina. Confíe en el criterio de Ian, no

sé por qué te tiene tanta estima, pero veo que te ha sobrevalorado. Lo que hiciste anoche fue infantil y un comportamiento impropio de una periodista.

—Sofía, lo siento mucho, pero...

—¿Lo sientes? ¿Crees que con un lo siento se arregla todo?

—¡Es que tengo un plan mejor, Sofía!

Sofía se acomodó en el sillón. Cruzó las piernas y los brazos y me invitó —con una sonrisa socarrona— a contarle mi genial idea.

—Me voy a hacer pasar por prostituta. Esta noche iré a la calle Ángel Guimerá vestida como..., ya sabes, e intentaré hacerme con una esquina. A ver qué pasa.

—¿Pero tú estás escuchando las tonterías que estás diciendo? ¿Pues qué va a pasar, Carolina? Que aparecerá algún cliente y querrá acostarse contigo. ¿También vas a ceder en eso? ¿Cómo piensas evitar pasar por esa situación?

—Bueno, algunas prostitutas eligen con quién se acuestan. Puedo negarme.

—Carolina, baja de los mundos de Yupi. Si estás en lo cierto y existe trata de blancas, habrá algún chulo que querrá que formes parte de su camada, cómo evitas eso.

—Pensaba proponerle que hable con su amigo J.J Puro y que ellos me vigilen.

—¡Esto es de locos! ¿Pretendes que hagan de niñera? Decididamente, ¡no! Por respeto a Ian dejaré que escribas un reportaje sobre la prostitución, pero busca otras formas de documentarte.

—Sofía, fuera de mi horario laboral puedo dedicarme a lo que quiera. Incluso a puta, no puedes impedírmelo.

—Sí, es cierto. Pero no me pidas que responda por ti si ocurre alguna desgracia. Y ahora, por favor, déjame sola.

Salí del despacho abatida. No tenía el apoyo de mi jefa ni de mi mejor amiga. Pero sentía que debía hacerlo. Una vez leí que si seguimos haciendo lo mismo de siempre seguiremos siendo los mismos de siempre. Quizá había llegado el momento de dejar de querer cambiar algo en el mundo e ir directamente a cambiarlo.

12

Eulalia

Carolina, ¿recuerdas a aquella niña que vivía frente a mi casa? La de las coletas que tenía a su madre enferma y a su padre alcohólico. Yo sí la recuerdo. Reparaste en ella el verano del noventa y cuatro. Tú tenías ocho años y como todos los veranos venías a pasar el mes de julio conmigo. Para mí era una bendición tenerte. Hacíamos manualidades, paseábamos por la playa, cocinábamos galletas, recogíamos flores y veíamos nuestra serie favorita.

Llegaste el dos de julio a las tres de la tarde con un hambre insaciable. De un salto bajaste del coche con un vestido blanco con estampado de cerezas y una coleta alta. Te colgaste a mi cuello y yo pude aspirar tu aroma a vainilla. No parabas de hablar hasta que de pronto guardaste silencio y la miraste. Se llamaba Laura y lloraba sentada en la acera, delante de la puerta de su casa. Me preguntaste en un susurro apenas perceptible el motivo por el que lloraba. Yo podría haberte contado de los horrores que vivía la pequeña de puertas adentro, pero no quería que supieras de la maldad humana antes de tiempo. Así que te mentí. Te dije que había perdido su pelota y tú —como era de esperar— no me creíste. Ese verano fuiste testigo de la crueldad que anida dentro de cada uno de nosotros. Con ocho años recién cumplidos te volviste el ángel de la guarda de Laura. Curabas sus heridas cuando a su padre se le iba la mano, la invitabas a comer a casa y hasta aprendiste a curar las llagas que se formaban en el encamado cuerpo de su madre. No fue un verano como los demás. Creciste de golpe, mientras yo miraba con fascinación y tristeza cómo tu infancia, el preciado tesoro que es la inocencia, se disipaba con el rocío de la aurora cuando sale el sol. Fue ese mes de julio del noventa y cuatro cuando te autonombraste la salvadora de las causas perdidas y hasta hoy has cargado con esa cruz. Con una condena que elegiste libremente y tanto daño te hace. ¿Sabes, Carolina, lo que más extraño de esa época? Tu sonrisa. Esa preciosa curvatura que se dibujaba en tu cara. Esa delgada línea que se ha ido borrando con el tiempo. Recuerdo que por Laura corriste riesgos innecesarios. Nunca me escuchaste cuando te dije que una niña de tu edad no debía inmiscuirse, que Servicios Sociales se encargaría. Pero ya por aquel entonces también te diste cuenta de que los Órganos Públicos no hacen las cosas como deben o como se espera de ellos. Quizá debí ser más autoritaria. Mejor abuela. Solo sé que lo hice lo mejor que pude, lo mejor que

supe. Solo sé que desde muy pronto me di cuenta de que eras diferente y de que eso te haría sufrir.

Ahora te miro y me recuerdas a aquella canija de ocho años que quería salvar el mundo a lomos de un unicornio rosa. Ahora vuelves a poner tu vida en riesgo para salvar, ¿a quién, Carolina? ¿A unas prostitutas o a ti misma?

Carolina, recuerda: *A mal paso, darle prisa.*

Calle Ángel Guimerá

El frío me calaba por las medias de redecillas que horas antes había comprado en un chino junto a un corpiño que no me dejaba respirar. Al salir de casa me miré tres veces al espejo y no me reconocí. Llevaba una cola alta y demasiado maquillaje. Un corpiño por el que intentaban escaparse mis tetas, una falda-cinto negra, unas medias y unos tacones de vértigo. Pedí un taxi hasta «la calle de las putas» como le dicen vulgarmente y pude notar como el taxista fantaseaba con follarme en el asiento de atrás de su coche. Cuando llegué vi que la fiesta ya había empezado. En la puerta de tres casas consecutivas estaban las «mujeres de la noche» con lencería barata, sentadas en butacas esperando a ser cortejadas. Desde alguna de las casas se escuchaba bachata y dos mulatas bailaban en la acera. Por los alrededores merodeaban hombres —cerveza en mano— coqueteando con las muchachas pero sin atreverse a dar el paso. Respiré tres veces y caminé hacia una esquina. Allí permanecí intentando hacer lo que había leído en *google* sobre «cómo pasar por puta». Masticaba chicle exageradamente, andaba de un lado a otro con la mano derecha en la cintura y me abalanzaba sobre los coches que se acercaban. Pronto me di cuenta de que todos los ojos se habían posado en mí. Escuchaba a algunas mujeres decirme que aquel no era mi sitio. Que me buscara otro. Un rumano de piel grasa me advirtió —enseñándome la navaja— que si no me largaba por las buenas lo haría por las malas. Aun así permanecí en mi esquina. Nadie podía echarme de la calle. El rumano fue a hablar con otros dos. Yo temblaba de frío y de miedo, pero sentía que cada vez estaba más cerca de conseguir meterme en la piel de una puta. Una chica con rasgos sudamericanos también se me acercó.

—Mira, no sé si pretendes que te violen o que te maten, pero no pasas por una de nosotras. ¿Eres poli?

—No —le contesté atónita—. Soy puta.

—Mira, bonita. Tengo muy mal ojo para algunas cosas pero para otras soy un lince. No sé qué coño haces aquí, pero desde luego no eres puta. Y como no te vayas vas a tener problemas con aquellos tipos. ¡Hazme caso, vete a casa!

—Soy periodista y quiero documentarme sobre la prostitución.

La joven me escrutó unos segundos. Un Audi paró frente a nosotras. Ella intentó ganarse al posible cliente pero él le dijo que prefería contratar mis servicios. Alcé la mirada que tenía clavada en el arcén y lo vi. Vi a Ian. Las manos me

sudaban, los rumanos —ahora eran tres— caminaban hacia nosotras. Zene, así se llamaba la prostituta, me dejó una tarjeta y la arrugué para poder esconderla en la palma de mi mano.

—¡Qué coño pasa aquí! —gritó el rumano.

—Nada, nada. Que la muy zorra ha venido a jodernos la noche, pero ya se va. ¡Ya tienes tu cliente, zorra! —me gritó mientras se llevaba al hombre da la navaja que se había quedado con ganas de darme mi merecido. Mientras, yo seguía anclada a la acera, tiritando.

—¿Subes?

Subí al Audi que días antes me había atropellado y me puse la chaqueta que Ian me tendió. Permanecimos un rato en silencio. Cuando por fin entré en calor me dirigí a él.

—¿Desde cuándo te vas de putas? —no sé a santo de qué le hice esa pregunta. No era quién para indagar en sus gustos sexuales. Debería haberme mostrado agradecida de que hubiese aparecido justo antes de ser, tal vez, degollada por un *chuloputas*. Sin embargo, lejos de molestarse por mi indiscreta y chinchosa pregunta, se rió.

—Desde que Sofía me llamó para contarme tu brillante idea. Por cierto, no das el pego, pero el modelito te queda genial.

Me abrigué aún más con su parca que olía a Hugo Boss.

—¿Desde cuándo te cuenta mi jefa las decisiones que tomo en mi trabajo?

—Venga, Carolina. La pobre mujer se ha preocupado por ti. Esta decisión es una locura. ¿De verdad pretendías hacerte pasar por una prostituta? ¿Viste la cara del rumano? ¿Hubieses accedido a acostarte con él para demostrarle que juegas en su liga?

—¿Y cómo quieres que me documente si no lo vivo en primera persona? La ciudad está plagada de niñas que se prostituyen y yo estoy segura de que muchas son menores y que están retenidas en contra de su voluntad.

—¿Y crees que porque escribas un artículo hablando de ese tema acabarás con la trata de blancas?

—¿Insinúas que no sirvo para esto? ¿Que lo único que tengo es una pataleta?

—Insinúo que no sirves para hacerte pasar por puta, y no creo que sea una pataleta, simplemente quiero que entiendas que no se puede tapar el sol con un dedo.

—¿Por qué eres tan amigo de Sofía?

—Es una larga historia, quizá algún día te la cuente. ¿Tienes hambre?

—Sí, un poco. Pero no me pienso bajar en ningún sitio con esta pinta.

Ambos reímos. Me veía bastante ridícula con aquel disfraz de película de

Almodóvar. Ian pasó por un restaurante japonés, pidió *sushi* y nos fuimos a mi casa. Miré la tarjeta que aún conservaba arrugada en mi mano. Se podía leer: «Dulce Zene, 24 horas». ¿Por qué me habría dado su tarjeta? ¿Por qué se alejó llamándome zorra? ¿Sería una estrategia para que no descubrieran que era una farsante? ¿Querría ayudarme con mi investigación? Entre la sonrisa de Ian, el olor a soja y a salmón, ahogué mis dudas esa noche.

A veces quisiera ser nube y derramarme en tu cuerpo.
Ser volcán que explota en tu mirada,
lava que se corra en tu boca.
A veces quisiera ser guitarra
y que con tus dedos des vida a mis cuerdas
y pongas música a mi alma.
A veces quisiera ser tan tuya que me duela desprenderme de mí.
Y a veces ser tan mía que te duela no desarmarme en tu vicio.
A ratos te espero aquí sentada mirando al horizonte,
poniéndote rostro,
susurrando tu nombre...

Pablo

Pablo, hoy entró un hombre a casa. Un hombre que no eras tú se sentó en el sofá en el que solías sentarte. Un hombre que no eras tú me contaba anécdotas y sonreía al hacerlo. Yo lo observaba e intenté, en más de una ocasión, ponerle tu cara. Tus ojos, tu barba de tres días y tu sonrisa a medio lado. Tiene la voz menos ronca y las manos más largas. Cuando algo le hace mucha gracia echa la cabeza hacia atrás; en cambio, cuando se entristece la mueve de un lado a otro y aprieta los labios. Se me hizo raro verlo a él y no a ti. Se me hizo raro sentirme huérfana de tus brazos, de tu voz, de tu mirada. Permanecía allí inmóvil ante un desconocido. Inmóvil y sola en un precipicio emocional. Me imaginé qué estarías haciendo y no me costó verte en otra cama, entre otros brazos, entregado al deseo y a la pasión. Porque a ti eso no te costaba, Pablo. Tú podías navegar en cualquier río que se desbordara para ti; sin embargo, yo me había convertido en un desierto. Un desierto seco y frío. ¿Recuerdas, Pablo, cuando me decías que si te imaginabas a la persona que amabas en la cama con otra y te dolía significaba que estabas enamorado? Pues yo aún no te he olvidado. Y sé que andas con otras, maldito fallo de fábrica de querer tenerlo todo. Todas. Maldito tú, Pablo. Que me embarcaste en un viaje con demasiadas oleadas de mentiras. En un viaje en el que tú marcabas los tiempos y los destinos.

15

Ian me abrazó antes de marcharse. No sé cuándo fue la última vez que unos brazos me sostuvieron. No sé qué me llevó a actuar así, si el despecho, la soledad, la desesperación o la herida sangrante que me bañaba el alma. Pero mientras estaba entre sus brazos, alcé la mirada y mis labios fueron en busca de los suyos. Primero con miedo, con vergüenza, como unos labios adolescentes que se encuentran por primera vez. Luego, cuando sentí la humedad de su boca, el calor de su aliento, su lengua inquieta pero cauta, cerré los ojos y me abandoné. Recorrimos los dos metros que separan la entrada de mi habitación besándonos. Me pasaba la lengua por el cuello, jadeaba y mis cabellos se enredaban en sus dedos. Me cogió por ambos muslos y me apoyó contra la pared del pasillo. Notaba su excitación entre mis piernas que le rodeaban la cintura. Me mordía la barbilla, el labio, el lóbulo de la oreja. Yo dejaba que mis manos danzaran por su ancha espalda. Que se mezclaran con su pelo. Mis dedos en su boca. Sus dedos en mi jugo. De pronto me miró. Me sujetó con más fuerza y ya solo recuerdo sentir cómo danzaba dentro de mí. Muy dentro. Me desperté a media noche con él a mi lado. Y lloré abrazada a la almohada para no despertarlo. Algo en mí se había roto. Quizá el pasado con el que cargaba se despedazó. Cuando los rayos de sol comenzaron a colarse por la ventana yo llevaba más de cuatro horas despierta. Fingí estar bien. Era implacable en ello. Le sonreí. Me dejé hacer. Hicimos... Nos despedimos de una forma un poco torpe. «Un ya nos veremos» «No, un mejor te llamo» «Un, ¿hablamos?». Caminaba hacia el periódico media muerta. Con la sensación de no ser yo, atrapada en un yo que no conocía.

16

No es fácil asumir las derrotas. Reconocer que has vuelto a fracasar. Cuando entré en el despacho de Sofía no sabía si pedirle disculpas o darle las gracias. Ella me miraba con un halo de autoridad mezclado con compasión.

—Lo siento. He vuelto a fracasar. Le agradezco que enviara a Ian a rescatarme, pero podría haber solucionado la situación sola.

—¿Solucionarlo sola? Pero si casi te matan tres rumanos, Carolina, por Dios, qué quieres demostrar. Ya sé que eres una profesional. No es necesario que juegues a los superhéroes.

—No es un capricho, Sofía. Es un tema que me preocupa. No es legal que haya niñas pasando por esto.

—La prostitución nunca ha sido legal, querida. No vas a descubrir nada nuevo.

—Lo sé, pero quiero hacer algo.

—Pues tendrás que hacerlo de otra forma. Pero no poniéndote en riesgo.

—De acuerdo.

—Y, Carolina, la columna de esta semana la quería para ayer.

—Sí, Sofía. En media hora la envió a rotativa.

Salí del despacho desganada. Ese permanente estado en el que vivo desde que te fuiste, Pablo. Y pensando en ti escribí la columna, que como tantas otras de los últimos tiempos, era un reclamo de tu atención.

Reflexiones de una sucia feminista

¿Por qué no valoramos a quien nos valora?

He de confesar que antes de empezar a escribir este artículo ya sé que voy a recibir innumerables críticas. Las asumiré —como en otras tantas ocasiones— pero también sé que la mayoría de la gente habrá estado a un lado u otro de la historia.

¿Quién no se ha dicho alguna vez: «Joder, yo soy un buen partido»? Todos lo hemos dicho, y los que no lo verbalizan lo piensan. Igual que hemos relatado infinidad de veces, entre copas, y sobrios, las cualidades que debe tener aquel o aquella que quiera conquistarnos.

Hasta ahí todo bien.

Las chicas normalmente fantaseamos con el tipo duro al que convertimos en bueno. Fiel —requisito indispensable—, sincero, gracioso y dispuesto a ser el Ulises de nuestra Odisea.

Los tíos... No sé muy bien con qué fantasean. Sé que les mola el efecto chicle (entre más los pisas más se pegan).

El caso es que cuando creemos encontrar a la persona ideal, esa que hace realidad todos nuestros sueños. Que nos trata bien y nos valora. Que nos ayuda a alzar el vuelo en lugar de cortarnos las alas y nos da todo ese amor que siempre hemos buscado, nos volvemos imbéciles y dejamos de valorarlo. Dejamos de verle. De sentirle. Empieza a despertar nuestra atención gente que nada tiene que ver con el ideal de pareja que teníamos.

Nos alejamos.

Nuestra pareja lucha para que no se hunda el barco, por no navegar a la deriva... Pero nosotros ya estamos buceando en otro mar de corales.

Se rompe la relación y cada cual sigue su camino. Una de las partes, con dolor; la otra, con indiferencia. Hasta que el mar se seca y los corales se pudren. Entonces es cuando cobra vida el dicho de mi abuela: «El que se va sin ser echado vuelve sin ser llamado».

Solo ahí, en el momento en el que nos encontramos con nosotros mismos vagando por los callejones del olvido, es cuando nos sinceramos y añoramos a nuestra expareja. Cuando la valoramos y reconocemos todas y cada una de sus cualidades, quedando relegadas a un quinto o sexto plano sus defectos y manías. A veces nuestra historia tiene segunda parte y nos da la oportunidad de continuar escribiéndola. Pero en otras el final es cerrado, porque «segundas partes nunca fueron buenas», esto también lo decía mi abuela.

Lo mejor es cambiar patrones y romper moldes. Que la rebeldía sea un juego de besos entre la ingle y el ombligo. Valoremos a quien nos valora y vivamos la mejor aventura de nuestras vidas: la complicidad.

17

Aún no me había atrevido a contactar con Ian. Iba y venía entre la culpabilidad y la apatía. Miré el reloj. Eran más de las dos. Dánae trabajaba en un artículo sobre violencia de género. Pensé en no molestarla. Pero la necesitaba. Un abrazo sincero. Un consejo. Alguien que me sujetara del vacío en el que estaba cayendo. Hay personas con las que las palabras estorban. Que con una sonrisa son capaces de sanar nuestro silencio. Dánae desvió la mirada del ordenador y la fijó en mí. Debió de ser tan evidente mi desconuelo que mi amiga cogió el bolso y con un «¡levanta el culo y vamos a comer!» quiso salvarme de mí misma. Porque yo era mi verdugo, de eso no me cabía duda.

Caminamos hacia el *Tascador* de la plazoleta en mutismo. Quince minutos de paseo en el que cada una se arrojaba en el silencio de la otra. Llegamos al restaurante y nos recibió la camarera de siempre; una cubana que estudiaba para ser higienista bucal, «porque de esto no voy a vivir toda la vida, me oyó usted», solía decirnos.

—Anoche me acosté con Ian.

Dánae dejó caer el tenedor sobre el plato de ensalada César y miró con rubor a las mesas de al lado, intentando disculparse con una sonrisa.

—¿Con el tío bueno? Serás perra. No me habías dicho nada de que hubiesen quedado.

—Es que no quedamos, Dánae. Sofía lo mandó a rescatarme cuando me las daba de prostituta aventurera. Luego fuimos a mi casa y no sé cómo o sí sé..., pero acabamos en la cama.

—Pero eso es bueno, Carolina. Joder. Él está muy bueno.

Y yo solo pude rebatir sus argumentos llorando desconsoladamente en medio del restaurante al que íbamos todos los días.

—Pero no era Pablo —balbuceé.

*Se enciende el infierno,
se apaga la vida,
renace el invierno
y sangra la herida.
Miro al cielo,
donde brilla la luna,*

*un diamante de hielo
que con su frío me acuna.
Desde lo alto me grita:
¡enciende tu luz!
yo hago oídos sordos
y cargo mi cruz.*

18

Pablo

Pablo, anoche te fui infiel. Sé que no debo justificarme. Tú también lo fuiste en innumerables ocasiones pero nunca te lo tuve en cuenta porque tú siempre volvías y yo me conformaba. Anoche recorrió un cuerpo casi virgen otra lengua que no era la tuya. Me sentí mujer con otro hombre que no eras tú. Y me corrí de gusto más de un vez, pero no fue para tu boca ni para tu sexo. Sé que te da igual que te cuente todo esto porque nunca te importé. Quizá hasta te alegres de que por fin me haya humanizado con otro hombre y te deje en paz, te deje ser feliz. Aún ando en ese intento. Me hubiese gustado que tu felicidad estuviera en la curva de mi sonrisa, como solías decir. Pero tú tenías demasiados destinos, demasiadas curvas, demasiadas sonrisas para tener que conformarte solo con la mía. Pero, por desgracia, ninguna te conducía a la felicidad. Tu asignatura pendiente. Anoche te fui infiel y para mi pesar y, probablemente para el tuyo, no significó nada. Lejos quedaban tus manos de dedos huesudos. Tu sonrisa o tu forma de mirarme. Lejos quedaba tu olor a madera y tu frágil espalda. Lejos quedabas tú.

Creí por un momento que esa sería la forma perfecta de olvidarte. Que después de estar con Ian, las caricias que no me diste dejarían de escocerme en la piel. Pero nada te saca de dentro.

19

Pasé horas llorando y explicándole a Dánae por qué seguía enamorada de Pablo. De un hombre que cuando más lo necesité me abandonó. De un hombre que mientras yo me arrastraba y le rogaba que, por favor, no me dejara, él se iba de copas con sus amigos —y amigas—. Un hombre ajeno a mi dolor. A mi llanto. Después de amarlo tanto. De entregarle mi alma más pura y sincera, porque lo amé. Lo amé más que a mi propia vida. Esta que cambiaría con cualquier moribundo sin pensármelo dos veces para ponerle fin a esta agonía. A este sinsentido que es mi día a día sin él. Porque, cuál fue mi error, ¿el miedo a perderlo?, ¿la desconfianza? Quizá, si me amara tanto como le amo yo, me entendería. Sí, sé que queda muy Frida Kahlo, tal vez solo ella sería capaz de comprenderme. Ella que también amó a un artista. Ella que también se deshizo en el lienzo de su amado como me deshice yo en sus versos. Porque yo, al igual que ella, «si pudiera darle una cosa en la vida, me gustaría darle la capacidad de verse a sí mismo a través de mis ojos. Solo entonces se dará cuenta de lo especial que es para mí». Pero a él siempre le costó entenderme. Ponerse en mi piel. Sangrar por mis heridas. Así es el egoísmo, solo tira para sí mismo sin importarle el reguero de cadáveres que deje a su paso. Así es el egoísmo, solo piensa en su bienestar y nunca en un bienestar compartido. Así eres tú, Pablo. Un egoísta.

—No puedes seguir así, Carolina. No puedes. Es agotador para todos. Pero, principalmente, es agotador para ti. Él sabe todo lo que hiciste. No hace falta que continúes recordándole lo buena que eres. Eso no le importa porque solo le importa sentirse bien él en cada momento. Será todo lo maravilloso que me quieras contar, pero un hombre de su edad no cambia fácilmente.

—Conmigo cambió.

—¡No, Carolina! Contigo lo intentó. Pero luego pesó mucho más sus ganas de no complicarse la vida. De no dar explicaciones. De no tener conflictos con nadie que todas y cada una de tus bondades. Tienes que superarlo. Ya ha pasado mucho tiempo. Si no estás preparada para tener algo con Ian o con cualquier otro hombre, es comprensible. Pero pasa página, por favor. Pablo no va a volver.

Volvimos a la redacción de la mano. Como dos adolescentes que pactan su amistad con sangre. De la mano porque yo llevo demasiado tiempo necesitando que me sujeten.

20

Eulalia

Carolina, no es fácil verte sufrir y no saber cómo ayudarte. Verte resucitar cada día y, aun así, continuar muerta en vida. No es fácil contemplarte llorar sentada en la ducha, abrazada a las rodillas, mientras te cae el agua caliente. Esa costumbre la tienes desde pequeña. No te gustaba que te viesen llorar. Tu madre se encargó de meterte en la cabeza esa estupidez de que en la calle no se llora. Tú, siempre tan obediente, evitaste llorar delante de nadie. Ni en la calle ni en casa. Cuando algo te entristecía solías encerrarte en la ducha más de una hora y derramar todas y cada una de las lágrimas contenidas. ¿Recuerdas cuándo murió tu padre?, no tenías ni diez años y te dejó el verdadero hombre de tu vida. Mantuviste el tipo en el duelo y en el entierro. Le agradecías, con un gesto de cordialidad, las muestras de condolencias que te hacían los mayores que acudieron al sepelio. Y una vez que llegaste a casa pasaste más de dos horas bajo la ducha. Después de la muerte de tu padre te convertiste en una niña —y más tarde en una mujer— fría. Hasta que llegó Pablo. No sé qué fibra supo tocar ese muchacho pero te deshizo. Te entregaste con suma pasión al amor. Sin reservas ni celos. El chaval supo manipular la tecla adecuada, pero quizá él no fuese el adecuado. Me lastima verte mendigarle amor. Ver cómo lo llamas a media noche y le suplicas que vaya a tu casa. Que solo quieres dormir a su lado. Que no se lo volverás a pedir nunca más. Me destroza ver cómo te retuerces en la cama presa de tu dolor y tu llanto. O ver cómo pasas horas mirando al televisor apagado. Mientras que él ya anda en otras cosas. Porque como te decía: «cada uno vive el dolor a su modo», y él vive el suyo esquivando a la vida. Quizá tú, que ahora te sientes tan vacía, estés mucho más llena que él. Porque tú te has permitido sentir. Te has permitido perdonar. Has mirado de frente a los problemas y los has desafiado. Has intentado buscar soluciones donde no las había y, sobre todo, lo has querido intentar de nuevo. Tú no estás vacía, cariño. Estás demasiado llena de amor, solo tienes que saber con quién vaciarte.

Carolina, recuerda: *Árbol que nace torcido, jamás su rama endereza.*

21

Zene

Llegué a la cafetería donde Zene —la puta— y yo habíamos quedado. Decidí cambiar la perspectiva del artículo y en lugar de abordarlo desde dentro —en primera persona— intento en el que había fracasado, lo haría en tercera persona. Dándole voz a la historia de una prostituta. ¿Cómo había acabado en la calle? ¿Cuáles eran sus aspiraciones? Y por supuesto, necesitaba saber si estaba allí en contra de su voluntad. Zene entró en el bar y todas las miradas se posaron en ella. Era de estas colombianas de cuerpos generosos. Melena larga negra y rasgos bien marcados. Venía con un *look* bastante diferente al de la noche anterior; con vaqueros, camiseta de tiros y zapatos de cuña. La colombiana parecía desafiar al frío del invierno con su sangre latina. Me saludó con dos besos y se pidió un leche y leche largo.

—Muchas gracias por venir, Zene.

—A ti, mami. ¿A quién se le ocurre hacerse pasar por puta en una calle como la de Ángel Guimerá con la pinta de santurrona que tienes?

Sentí una punzada en la boca del estómago. ¿Era esa la visión que daba? A Pablo no le gustaban las santurronas. Le gustaban más las mujeres del tipo de Zene, picantes.

—Sí, supongo que fue un suicidio. Gajes del oficio.

—Pero el tipo que te vino a recoger estaba bastante bien, mamita.

Le sonreí tímidamente.

—Si yo tuviera a un hombre así, que me rescatara como a la Julia Robert en *Pretty Woman*, dejaba yo esta porquería de la calle.

—Es solo un amigo —contesté. Como si tuviera que justificarme delante de aquella mulata sabrosa. Como si verbalizándolo me justificara conmigo misma.

—Zene, estoy intentando escribir un artículo sobre la prostitución. Tengo la impresión —y quiero que sepas que guardaré tu anonimato— de que hay mujeres en contra de su voluntad y niñas menores de edad.

—¿Tengo pinta de estar en este oficio en contra de mi voluntad?

—¿Y por qué no lo dejas?

—¿Cómo te llamas, mami?

—Carolina.

—Carolina, ¿tienes tiempo? Porque voy a contarte mi historia y debemos tomárnoslo con paciencia.

Saqué la libreta para tomar apuntes y puse en marcha la grabadora de mi Iphone 6.

Le hice un gesto con la mano para indicarle que podía empezar a hablar.

—Yo nací en Cali, una de las ciudades más peligrosas de Colombia. En una chabola donde vivía con mi madre, mi padre y mis hermanas. Yo era la mayor de cuatro chiquillas. Mi padre era un narcotraficante con mala pata que consumía más de lo que vendía y mi madre se ganaba la vida como aprendí a ganármela yo. Por allá por Colombia, mamacita, la prostitución no es como aquí. Allí apenas te dan un mísero peso por una mamada que aquí se cobra a treinta euros. Además, aquí en España te encuentras mucho loco, pero a ninguno le da por matarte. En Cali, con la misma que te atravesaban la polla te atravesaban un puñal y te violaban mientras te desangrabas. Un horror, mami. Un horror. Aquí son menos burros. Los hay con costumbres raras, pero son menos burros.

—¿Cómo llegaste a Canarias, Zene?

—Mi madre sabía que no tendría más futuro que ser una puta. La pobre mujer tenía aspiraciones para nosotras. Pero sabes que esto del destino ya viene escrito. Que hay algún mamarracho por esos cielos que se divierte escribiendo historias aterradoras para algunas mujeres y cuentos de princesas para otras. Yo ya renuncié a mi castillo y a mi príncipe azul, mire usted. Me estoy haciendo vieja para esta profesión. Cada vez las traen más jóvenes y una con sus cuarenta y seis años está más que caducada.

Como te iba diciendo, la buena de mi madre quería que, ya que iba a ser puta, por lo menos lo ganara mejor que allá. Y contactó con una señora que nos traía de forma clandestina. Me vine con unas nueve chicas más cuando tenía dieciséis años. Nos instalaron en la Casa de Mamá Juana hasta el día de hoy.

—¿Llevas treinta años ejerciendo la prostitución? ¿Por qué no has buscado otra cosa?

—Mami, y de qué me iban a dar trabajo si no sé hacer una o con un canuto de caña. Una nace para lo que nace. Usted nació para contar las vidas de los otros y yo para dar placer.

—¿Y en todos estos años no te has enamorado? ¿No has tenido sueños?

—Mami, qué son los sueños. Una no puede perder el tiempo imaginando historias. Los sueños no te dan de comer. Mire, me pido otro cortado y le cuento un romance que tuve una vez.

22

El teléfono no dejaba de vibrar. Tenía tres *whatsapp* de Ian y una llamada. Quería saber qué tal me había ido el día. Si había conseguido contactar con Zene y si estaba contenta con el resultado. Pero lo que realmente quería saber era el motivo de mi silencio. Lo intuía. Cualquier mujer después de una noche con él se pasaría la mañana enviándole corazones y emoticonos desbordados de amor. Era lo normal con un tío como Ian. Pero no lo normal en una tía como yo. Apaleada. Indigna de amor. Miserable. Borré su conversación y le escribí a Dánae: «#mequieromorirvenporfavor». Y Dánae vino, como venía siempre. Para acostarse a mi lado de la cama a arrullarme el llanto. Para meterme en la ducha cuando yo decidía darme por vencida. Relegarme a un segundo plano. Desaparecer. No sé hasta qué hora lloré. Abrí los ojos. Me dolían los párpados. Estaban enrojecidos y bastante hinchados. Empezaba a amanecer. Escuché ruido en la cocina. Cuando salí de la habitación vi a Dánae apoyada en la encimera bebiéndose una taza de café. Le di los buenos días, aunque por su cara y por mi estado sabía que no eran buenos para ninguna de las dos.

—Carolina, esto tiene que acabar. No puedo más.

Su voz era firme y sus palabras retumbaban en las paredes de la casa. «No puedo más» «No puedo más» ¿Y yo? ¿Acaso yo podía? ¿Quién se compadecía de mí?

—Yo tampoco puedo más, Dánae. Pero esto es lo que hay.

—¿Esto es lo que hay? ¿Qué te tires cinco horas llorando y diciendo que te quieres morir? ¿Qué sin Pablo no hay más vida! ¿Qué te repitas como un mantra que eres una miserable que no vales nada! ¿De verdad esto es lo que hay? Te estás volviendo loca, Carolina. He tenido paciencia. He venido en tu auxilio cada vez que me lo has pedido, pero lo que no puedo permitir es que te suicides, poco a poco, delante de mis ojos.

—Te agradezco mucho tu comprensión, Dánae. Y siento mucho el daño que te he causado. Tranquila, no volveré a molestarte.

Mi mejor amiga, mi hermana del alma, dejó la taza de café encima del muro de la cocina y con los ojos llenos de lágrimas me miró, «¿Sabes, Carolina? Hay mucha más gente que te quiere sin ser Pablo, aunque tú no nos veas, aunque tú nos ignores y solo quieras seguir aferrada a un fantasma que donde único permanece es en tu cabeza». Después de decir eso se marchó. No se lo impedí.

Estaba demasiado acostumbrada a los finales. Al abandono. A quedarme sola en aquella casa después de un portazo. Después de palabras de despedida. Sumida en el silencio, en el vacío, volví a la cama y volví a llorar.

23

Zene

—Como ya le dije, yo llegué aquí apenas con dieciséis años, mami. Me llevaron a una casa con más niñas de mi edad. Recuerdo que los primeros días nos los pasábamos aburridas, sin poder salir, dando vueltas por los patios de aquella vieja casona. Una tarde nos reunieron a todas en el salón para decirnos que nuestro destino lo habían trazado nuestras familias. Que habíamos venido aquí para ejercer la prostitución y poder ayudar a nuestros padres económicamente. A cada una de nosotras le tocaría una calle. Nos distribuyeron entre Molino de viento, Aguadulce, Carvajal, Lugo y Ángel Guimerá. Podríamos disponer de nuestro dinero —poco— con él pagaríamos la habitación y nuestros gastos. El resto se lo quedaban ellos, supuestamente para enviarlo a Colombia, aunque nosotras sabíamos que no era cierto. Recuerdo que salimos de aquella casona en cuatro coches diferentes. Yo llegué a mi destino con Rosa, mi amiga de la infancia, pero nos unió más la calle. Rosa murió hace dos años, con cuarenta y cuatro primaveras. Fíjese que cosas, mami; cuando usted iba a la escuela y a la universidad, ya nosotras estábamos recorriendo las aceras de Las Palmas. Qué caprichosa es la vida, ¿verdad? Recuerdo la primera vez que estuve con un hombre, sí, mamita, mi primera vez fue de puta. Hacía frío. Era navidad y los coches pasaban tocando la pita, con decoraciones navideñas y villancicos a todo volumen. Todo el mundo estaba feliz. Yo solo llevaba puesta una tentación de gasa roja y unos cuernos de reno en la cabeza. La dueña de la casa, la que nos vigilaba —esas que ahora se llaman las *madames*— me gritaba para que me pusiera en la puerta. Según ella era la única forma de que se vendiera el pescado. Yo salí a la acera y me puse a caminar de un lado a otro. Pasó un coche rojo que se detuvo delante de mí. «¡Ey, putita! ¿Me regalas una mamada por navidad?». Los demás se reían. No sé de dónde saqué el coraje pero le dije que allí quien único regalaba era Papá Noel, que si quería mojar en caliente, el dinerito por adelantado. Y fíjese usted, mami, que se bajó del coche. Que me pagó y nos fuimos a mi habitación, separada por un tabique de madera de las demás habitaciones. Con una cama que guardaba miles de secretos entre los pliegues de sus sábanas sucias. Con algunos condones esparcidos encima de la colcha roja y raída. Un bidé —tenían que asearse antes de follar— un espejo y una silla para dejar la ropa colocada. Él se llamaba Luis. Era mecánico y desde esa noche vino a verme cada viernes durante casi cuatro años. Un hombre alto, fuerte, que

siempre tenía las uñas manchadas de grasa. Muy tradicional, le gustaba la postura del misionero. Llegué a pensar que me sacaría de aquella casa y me llevaría a vivir a un bonito piso de la zona de Triana que yo decoraría con plantas y donde criaríamos a nuestros dos hijos, que se llamarían Luis, como su padre, y Luna. Pero no sucedió así. Luis se casó —con una mujer que no era yo — y tuvo hijos —que no eran míos—. Una vez me enseñó su foto. Eran muy monos. Esa fue la última vez que lo vi. Ahora tenía otra con la que hacer el misionero gratis. Sufrí mucho, mami. Las putas también sufrimos. Y no solo nosotras, las que vendemos nuestro cuerpo. Todas las mujeres somos un poco putas de una forma u otra. Están esas putas que se casan con hombres que no aman por la seguridad económica o el estatus social. Luego están esas putas que le son infieles a sus parejas y también hay otras putas que cada vez que ven a una pareja feliz intentan romper la relación. Y por último están las putas bobas. Las que se enamoran y se dejan hacer y deshacer hasta que se quedan en nada. Pero ya ve usted, mami. Después a las que nos gritan puta es a nosotras, que como decía mi amiga Rosa, Dios la tenga en los reinos de la gloria, nosotras somos empresarias de nuestro propio cuerpo. ¡Ay, mi Rosa, cómo se te echa en falta por aquí! ¿La estoy aburriendo, mamacita? Mire que si sigo hablando, igual en lugar de hacer un artículo hace un libro.

Y Zene siguió hablando y a mí me gustó la historia del libro.

*Besé cada uno de los puntos cardinales
que me conducían a ninguna parte.
Permanecí en el centro de la brújula
intentando orientarme por los latidos de un corazón
que se había olvidado de latir...
Y fracasé en mi intento de encontrarme
en el lugar donde creía que me encontraría.*

24

Pablo

Todo el mundo quiere que te olvide, Pablo. Nadie entiende mi dolor. Estas ganas locas de amarte y de que me ames. De encerrarnos un domingo en casa y olvidarnos del mundo. De matar el tiempo entre polvo y polvo. De dormir la siesta sobre tu pecho, el mejor lugar del mundo, y de que me leas fragmentos de las novelas de Galdós en la cama. Nadie entiende que no pueda desengancharme de ti. Sí, desengancharme, porque al fin y al cabo soy una yonqui, y quizá incluso termine muriendo presa de mi adicción. También creo que soy un poco puta, como Zene, pero una puta bobá. Anoche soñé contigo, nos íbamos de viaje a Italia y dábamos un paseo en góndola por Venecia, los dos cogidos de la mano. Tú me besabas la frente. Yo te repetía, una y otra vez, que te amaba. Luego cenábamos en un restaurante en el que solo estábamos nosotros dos a la luz de las velas. Llegaron los postres. Tú parecías inquieto, yo reía sin parar. El camarero te hizo un gesto y tú le devolviste un guiño. Me sirvieron un trozo de tarta de chocolate. Tus ojos brillaban tanto como brillaba el anillo que había encima de una guinda. Me llevé las manos a la boca y te miré. «¿Quieres casarte conmigo?», me preguntaste. Las lágrimas rodaban por mis mejillas. Te abracé. «Nada me haría más feliz que ser tu mujer», te susurré al oído. Me desperté llorando. Lejos de Italia y lejos de ti. Pensé en el suicidio, Pablo. No te lo voy a negar. De esos que sí funcionan. Un tarro de pastillas y dos cortes profundos en las venas. Si no me mataba una cosa me mataría la otra. Pero soy una cobarde, Pablo. No tengo valor para matarme ni para acabar con tu recuerdo. Y sí, Pablo, sigo esperando que vuelvas a buscarme como te dije un día.

25

El timbre sonó tres veces. Supuse que era Dánae y que después de la bronca del otro día no quería entrar con su llave. Me dirigí a la puerta y cuando abrí vi a Ian con una bandeja de tartaletas de *Girlache*, mis favoritas. Sentí la tentación de volver a cerrar. Quién se creía él para aparecerse en una casa ajena sin avisar. Pero no pude. Su sonrisa y sus «buenos días, dormilona» pudieron con mi enfado. Me miró de arriba abajo y entendí que lo hiciera. Llevaba el pelo sucio desde hacía tres días y una camiseta de Pablo que no había querido lavar para que no perdiera su olor, pero la verdad es que de él ya poco quedaba. La noche anterior también había llorado, por lo que me imaginé que mi rostro y mi vestuario iban a la par. Aparté del sofá los folios en los que tomaba apuntes de mis conversaciones con Zene para que él pudiera sentarse.

—Si me das cinco minutos para darme una ducha te preparo un café.

Ian asintió. Le di el mando y le dije que se sintiera como en su casa. Cuando entré en el baño me senté en el suelo y me llevé las manos a la cabeza. No quería ser grosera con él, que tan bien se había portado conmigo, pero, ¿no entendía que no quería verlo? Ya habíamos follado, ¿qué más quería? ¿No se supone que los hombres son así, una vez que han echado el polvo desaparecen? Me lavé el pelo, me puse unos vaqueros, unas deportivas blancas y un jersey de punto rojo. Rímel en las pestañas y brillo de labios. Cuando salí de la habitación lo encontré leyendo los folios que había empezado a escribir la noche anterior, después de que Zene me dijera lo de la novela. Le había puesto por el momento el título: *Las caricias que no me diste*.

—Esto está genial, Carolina. Engancha mucho.

Me senté a su lado y cogí los folios.

—¿Tú crees? La idea fue de Zene. Ayer mientras me hablaba de su vida me dijo que a ese ritmo podría escribir un libro y no sé, anoche empecé a garabatear pensamientos, emociones, su historia, la mía...

—Pues te animo a que sigas en ello. ¿Se lo has comentado a Sofía? Seguro que le encanta la idea.

—Bueno, no. Aún no lo he hablado con nadie. Es que ni tan siquiera me lo había planteado de verdad. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor. Esas tartaletas tienen muy buena pinta. Supongo que no me has

contestado a los mensajes porque habrás estado muy liada con la historia de esta chica.

Sentí una punzada en el estómago.

—Ian, lo de la otra noche. Yo no sé qué me pasó, verás...

Se acercó a mí y me tapó la boca con un dedo.

—Todo está bien.

Desayunamos e Ian me habló de un niño al que había tenido que operar el día anterior porque tenía una malformación en el corazón. Era la tercera vez que lo intervenían. No tenía probabilidades de llegar a los quince años, pero con estas operaciones pretendían mejorar su calidad de vida y que pudiera jugar con sus amigos como un niño de su edad. Pensé en lo duro que tiene que ser para una madre perder a su hijo y también en lo duro que tenía que ser para ese niño saber que tenía los días contados. Que todo lo que no hiciera se le quedaría en el tintero, quizá para la próxima vida si creía en la reencarnación. Me sentí un poco culpable. Tanta gente aferrándose a la vida y yo pactando con el diablo para que acabara con la mía. Ian era un buen tipo, no se merecía a alguien como yo. Con el corazón dividido entre Pablo y la nada. Pero me agradaba su compañía. Era un hombre solidario. Un hombre con sentido del humor. Culto y guapo. Sin duda un buen partido. Pero no para mí que ya no tenía derecho a nada. Se fue de casa a la hora del almuerzo. Había quedado para comer con su madre. Me confesó que era adoptado y que gracias a aquella mujer había llegado a ser lo que era. Nos despedimos con un tímido abrazo y dos besos en las mejillas. Pasé el resto del día dándole forma a *Las caricias que no me diste*, para presentárselo a Sofía. Antes de irme a dormir, mientras fregaba la losa de aquel domingo raro, encontré una servilleta junto a la taza de café de Ian en la que pude leer los versos de una de mis canciones favoritas de Vanesa Martín: «*que te suene la vida a pregunta y se quede contigo/ que tu voz nunca pida perdón por querer revelarse/ nadie es dueño de nadie jamás/ y mil veces me quiero matar por querer que te salves*». No sé muy bien la razón, pero ese día me fui a la cama sin llorar.

26

Desde hace un tiempo los lunes son mis días menos malos. Desde que Pablo se fue no tengo días favoritos y odio visceralmente los fines de semana. Por eso los lunes tienen su encanto. Entrás en la rutina, estás entretenida... Los lunes le dan una tregua al dolor del sábado y del domingo, donde todo se hace en pareja. Llegué a la redacción más tarde de lo habitual. Llevaba en una carpeta diez folios que quería enseñarle a mi jefa, pero antes necesitaba hablar con Dánae y pedirle perdón. Perdón por no saber olvidar. Por no saber cómo se vive sin Pablo. Por no querer echarle ganas a la vida. Por no ser lo que se esperaba de mí. Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla. Me apoyé en el borde de su mesa pero no tuve que disculparme. Me abrazó y sé que ambas tuvimos que contener las ganas de llorar.

—Lo siento, Dánae. No sé cuánto va a durar este dolor. Yo también quiero que pare. Necesito que pare.

—Shhh, el otro día fui una inconsciente. Pero no soporto verte mal. No por él, Carolina. Que decidió irse de tu vida y no pelear por ti. Que prefirió vivir sin ti que contigo, por muy difíciles que a veces se pusieran las cosas, tú siempre debiste ser su mejor opción.

Nos recompusimos de aquel momento de intimidad que solo tienen las verdaderas amigas con la esperanza de que las cosas solo podían ir a mejor.

Cogí aire y fui al despacho de Sofía abrazando la carpeta como una colegiala. Cuando me asomé a la puerta me miró por encima de las gafas y me sonrió. Cada vez era todo más extraño. Ella, una mujer fría e insensible, que se iba ablandando poco a poco hasta el punto de mandar a Ian a salvarme. Tal vez era tanta la pena que daba que incluso ella me tenía lástima.

—Buenos días, Sofía.

—Buenos días, Carolina. ¿Cómo va tu obsesión por la prostitución?

Ambas reímos.

—Bueno, de eso precisamente quería hablarle. He tenido algunas entrevistas con Zene y creo que podría salir una historia más que un artículo.

—No te sigo, Carolina. Vete al grano que sabes que me pone de muy mal humor que me hagan perder el tiempo.

—Pues, que quizá podría escribir un libro.

Sofía se puso recta en la silla. Cruzó la pierna derecha sobre la izquierda. Cogió los folios que le tendí y se apoyó en el reposabrazos derecho. Me miró fijamente

a los ojos. Las manos comenzaron a temblarme, ¿y si me consideraba una atrevida por creer que podía escribir un libro? Tenía la boca seca. Fue oteando, una a una, las hojas.

—Muy bien, Carolina. Parece que empiezas a despertar. Más vale tarde que nunca. Me lo leeré detenidamente y te diré algo. Pero recuerda: la columna *Reflexiones de una sucia feminista* tiene que seguir actualizada.

—Por supuesto, Sofía. Ahora mismo escribo el artículo. Muchas gracias.

Salí del despacho presa de la emoción. ¿Y si algo estaba cambiando?

Me senté a escribir la columna de ese día que quise dedicarle a las madres que han decidido —como hicieron nuestras abuelas— criar a sus hijos a teta. Con una crianza natural y tan mal vista por los viciados ojos de esta sociedad donde en cualquier acto —aunque sea tan tierno como ver a una mujer amamantando a su bebé— observan la perversión y el pecado.

Reflexiones de una sucia feminista

Me saco la teta y punto

El otro día presencié una escena verdaderamente vergonzosa en un centro comercial de la Isla. Un bebé lloraba, una madre nerviosa buscaba un banco en el que sentarse y calmar el llanto de su hijo. El recién nacido, de apenas tres meses, reclamaba la atención de su mamá. La mujer sabía —como toda madre— lo que su niño necesitaba. De forma muy discreta la señora dio de mamar a su hijo. Yo la miré con ternura y sonreí. Ella me devolvió la sonrisa. Inmediatamente el guardia de seguridad del centro comercial —que no nombro porque los grandes almacenes ubicados en Jinámar no deben culpa de tener a un gañán como segurita— se acercó a la madre y le exigió, recalco exigió, que se tapara y abandonara el lugar. Ese mismo guardia llevaba mirándole el culo a todas las jovencitas del comercio, pero cuando una madre se sacó la teta para dar de comer a su bebé —lo más natural del mundo— se escandalizó.

La chica, de apenas treinta años, quiso explicarle que no estaba haciendo nada malo, pero pronto entendió que no tenía que justificarse por amantar a su niño. Mientras el hombre —llamémosle así para dirigirnos a él de alguna forma— le exigía que se marchara, el chiquillo lloraba y lloraba. En otras circunstancias sé que esa madre sacaría las garras, pero su tesoro no podía esperar. ¿Acaso

esperas tú cuando tienes hambre? Con tristeza vi como la chica se alejaba dolida y humillada. Le lancé una mirada de repudio al segurita, pero él estaba demasiado ocupado mirando escotes y culos que no se dio cuenta. Esto me hizo preguntarme: ¿qué coño le pasa a la sociedad en la que vivimos? Hemos normalizado los short, el topless y el exhibicionismo, pero si vemos a una madre darle el pecho a su hijo nos perturbamos. ¿En serio?

Quizá el problema lo tienen los demás y no la mujer que, como se hacía antiguamente, da de comer a su pequeño. Me pareció —y me da igual que me tilden de feminista— un acto de discriminación. Me gustaría empezar explicando que los pechos son para amantar, que la gente vea un toque erótico en ellos es su problema. ¿Realmente creen que están ahí para que nos los miren y se pongan cachondos mientras fantasean con el tamaño o la textura? Están ahí porque por naturaleza sirven para dar de comer, ¿o creen que segregan leche por amor al arte?

La OMS (Organización Mundial de la Salud) afirma con seguridad que la lactancia materna reduce la mortalidad infantil y tiene beneficios sanitarios que llegan hasta la edad adulta. La leche materna proporciona toda la energía y los nutrientes que necesitan durante los primeros meses de vida y sigue aportando al menos la mitad de sus necesidades nutricionales durante la segunda mitad del primer año y hasta un tercio durante el segundo año de vida. Como pueden leer, los beneficios son múltiples.

Lo que me gustaría explicarle a toda esa gente que se ruboriza cuando una mujer se saca la teta para amantar, es que los bebés no esperan, y recordarles que ellos también fueron recién nacidos, y que como lleva haciéndose toda la vida, su madre también le dio el pecho.

Estoy harta de que las mujeres tengamos que esconder todo como si fuéramos bichos raros o delincuentes. Igual pasa cuando una mujer tiene la regla, si necesita una pañetera compresa la pide con vergüenza e intenta que nadie de alrededor se dé cuenta de lo que ha pedido. Verdaderamente harta de justificarnos todo el rato. Joder.

Las madres que amantan deberían ser consideradas heroínas. Solo ellas saben lo que significan convertirse en productoras de leche a demanda. Pasarse horas sin dormir porque su peque no deja de mamar, de alimentarse. Solo ellas saben lo que significa aguantar el dolor de tener el pecho lleno y necesitar vaciarlo o las complicaciones de sufrir una mastitis. Solo ellas, coño, saben lo que es tener cualquier tipo de dolor y no poder tomarse ni un ibuprofeno para no contaminar la leche y a su vez esto perjudique al bebé. Solo ellas saben el significado de las ojeras, de la pérdida de peso, del cansancio que requiere la lactancia.

El resto del mundo, sin embargo, se siente con derecho a juzgarlas de groseras

u obscenas por enseñar un poco de piel —porque la teta es piel— cuando su hijo lo requiere.

Por favor, que estamos en el siglo XXI, que ir de progres es mucho más que afiliarse a Podemos. Que lo que habla de una sociedad evolucionada es la empatía y la solidaridad con sus semejantes, y tristemente creo que muchos tienen esa asignatura pendiente. Yo me declaro admiradora de todas esas mujeres que abandonan la comodidad del biberón, la estética de un pecho terso, por alimentar a su hijo de forma natural y por elegir la alimentación para su pequeño que les dé la gana.

*Y me alegro de que lo hagan en público, porque **¿acaso hay una imagen más bonita que la de una madre y su hijo siendo cómplices de la vida?** Si no consigues verlo así, recuerda: el problema lo tienes tú.*

Eulalia

¡Ay, Carolina, qué culpable me siento! Yo siempre quise ser una buena abuela. Estricta pero amorosa. Firme pero comprensiva. Apegada pero sin dependencia. Y sé que quizá no lo hice del todo bien. Que me equivoqué en más de una ocasión, pero es que los nietos no vienen con un manual debajo del brazo. Yo creía que esto de ser abuela consistía en hacer muchos queques, malcriarte y pasar contigo los veranos. Pero resultó ser más complejo. Que las tornas de la vida se giraron y me vi siendo tu abuela y tu madre. Que me vi con una chiquilla de ojos inquietos y lengua viperina rondándome día y noche. Y supe desde el momento en el que tu madre te dejó en el zaguán —para no volver jamás— que quería sacar lo mejor de ti, pero no tuve nunca claro cómo hacerlo. Pero sé, Carolina; que tú sabes que yo lo pienso y lo analizo todo, que esa obsesión que tú tienes por las muchachas de vida alegre es por mi culpa. Nunca pensé que te afectaría de este modo. Pero, vamos, que ya lo dicen los manuales de psicología, que las cosas se quedan grabadas en el subconsciente y luego se manifiestan de una forma extraña. ¡Ay, doy gracias a la virgencita del Pino de que no te diera por ejercer la prostitución y tu desviación vaya por otros lares! Desde adolescente ya las mirabas con curiosidad. Yo me jactaba sabiendo que mi método estaba funcionando. Pero veo que funcionó y no funcionó. ¿Recuerdas que cuando eras moza te solía llevar los sábados por la noche al paseo de Lugo para que vieras a las jovencitas en la calle, exhibiéndose como exhibe Manolo el pescado en su tienda? ¡Claro que lo recuerdas! «¿Tú quieres acabar así?, ¡no, verdad! Pues hazle caso a tu abuela y cuando te digo que a las diez en casa es a las diez en casa, sin rechistar» —Te decía enfadada. A lo mejor debería haberte dejado un poco más de libertad. Cortar el cordón umbilical. Soltar amarras. Que te estamparas, como solía decirme Maricarmen, «¡deja que se estampe!», ¡qué bruta que era Maricarmen! Pero yo no quise que te estamparas. Quería estar siempre ahí, de colchón, para cada una de tus caídas. ¡Y qué mal lo hice! Porque mírate ahora, hecha un desecho humano. Un alma en pena, muerta en vida vagando por las calles. Un cuerpo sin corazón porque se lo quedó ese maldito Pablo. Ese malnacido que no supo valorar a una mujer como tú. Algo complicada, tal vez, pero de sentimientos sinceros. Pero claro, Carolina, a ese Pablo que tú tanto idolatras no le gustaban las complicaciones. Ni los conflictos. Ni mojarse. Él solo quería lo fácil, lo bueno. Lo cómodo. No estaba hecho para

las crisis. Y yo sé, Carolina, que cuando te dejó te sentiste culpable, porque tú siempre te has considerado una crisis. Pero no, querida. Esta vez no es culpa tuya. Tú te abriste el canal y te entregaste. Cerraste los ojos para lanzarte sin antes mirar si él tenía los brazos abiertos para sostenerte. Y no los tenía. Y te caíste. Nunca te sostuvo. Sí he de darle la razón en algo es en que siempre estuvo ahí, físicamente, como un mueble. De cuerpo presente —como decimos las viejas— pero nunca estuvo con el alma. Cuando las cosas se tornaban complicadas huía, seguía a tu lado de la cama, sí, pero ya había escapado lejos de ti. Que por qué lo hizo. No lo sé, Carolina. Tampoco lo supo él, que lo solucionaba todo con un «no sé darte una respuesta». Y así se manejaba, mirando para otro lado. Y tú mirándolo todo de frente y, aun así, te chocaste. Te chocaste contra un muro. Te derramaste para llenarlo y te diste cuenta de que tenía huecos por todos lados, y pocas ganas de cambiar.

Carolina, recuerda: *quien siembra vientos, recoge tempestades.*

28

Zene

Volví a encontrarme con Zene días después en la misma cafetería de la vez anterior. No tenía ninguna respuesta de Sofía. ¿Le habría gustado lo que leyó? ¿Le habría parecido una soberana tontería? Aun así yo decidí seguir adelante con aquella historia que me había devuelto una chispa de emoción por la que levantarme cada día.

La colombiana querendona de cuerpo generoso entró con su paso de comparsa y las miradas volvieron a posarse en ella. «Leche y leche largo», le gritó al camarero. Me dio dos sonoros besos y se sentó.

—Buenos días, Carolina.

—Hola, Zene. Me alegro de volver a verte.

Puse en marcha la grabadora y saqué la libreta. Ella entendió que era su turno.

—Cuando Luis se fue lo pasé muy mal. Sé que yo era una puta y que aquello no era una relación sentimental. No había flores ni bombones. Tampoco tardes de domingo en el sofá viendo la tele de la mano o noches de cenas románticas. No había planes de futuro, solo un cuarto oscuro con una cama y mis sueños e ilusiones revoloteando por allí. De igual forma yo me enamoré. Era el único hombre con el que me sentía mujer. Nosotros no follábamos, hacíamos el amor. Con él había besos en la boca. Caricias. Piel. Pero se fue a su vida de casado con hijos y chalet adosado. A una vida cómoda y perfecta donde ya no encajaba la mujerzuela de la calle Ángel Guimerá. Lloré noches enteras. Intentaba imaginármelo en los gemidos de otros clientes. Pero nada funcionaba. No sé si a usted, mami, la habrán dejado alguna vez y me entiende. Acabé presa de la locura y una noche, sobre las cinco de la madrugada, cuando le di portazo al último baboso que me había orinado encima porque se creía Zeus con su lluvia dorada, me encerré en el baño, separé la hojilla de la maquinilla de afeitar y me corté las venas. Dos profundos cortes con los que bien podría haber acabado aquel infierno. Pero ahí, mami, tampoco tuve suerte. Rosa, mi Rosa querida, que sabía de mis penas, tumbó la puerta a patadas y empezó a dar gritos. Quince puntos en cada muñeca, mire, mire, usted, mami. Quince puntos y la vida y la ausencia de Luis. Pero me repuse. Pasó el tiempo y lo olvidé. Aquello que parecía imposible, con el tiempo se volvió un bonito recuerdo. A veces lo veo

pasar por delante de mi esquina con su furgoneta del taller y me guiña un ojo. Ya no me tiemblan las rodillas. Ya no me da un vuelco el corazón ni me entran unas ganas arrebatadoras de correr tras él e implorarle que pase una noche conmigo. Ahora simplemente le sonrío y lo veo alejarse. Solté lo que no me pertenecía y fui libre. Después de Luis me convertí en una profesional. Daba placer a cambio de dinero. Y no se imagina los clientes que tengo. Peces gordos, mami. Altos cargos a los que les gusta coquetear con lo prohibido mientras sus señoras están en cenas benéficas, en algún *spa* o comprando en Carolina Herrera. Mientras ellas juegan a princesas sus maridos juegan con las putas. Hay uno concretamente, mami, muy importante en esto de la política, que lo veo salir a cada rato por el telediario, al que le gusta celebrar cada victoria con chicas jóvenes, cocaína y mucho sexo. La última vez fue la semana pasada. Alguien de la oposición había dimitido, la mosca cojonera, vamos. Y no sé por qué, pues de política entiendo menos que una inglesa de cante jondo, pero esa dimisión era motivo de jolgorio y algarabía. Llegaron aquí a eso de las diez de la noche, ya bastante colocados. Hablaron con la *madame* y pidieron dos chicas, una joven y una madura. Marta, una niña rumana que hace poco que llegó y yo nos fuimos a la habitación de la planta de arriba, la de las ocasiones especiales que cuenta con una cama de matrimonio y baño. Nos amarraron las manos al cabezal de la cama de hierro forjado y echaron sobre nuestras barrigas ese polvo blanco que los transforma en animales. Esnifaban sobre nosotras. A mí me provocaron heridas porque me derramaban el ron y luego se lo bebían de ahí, de mi coño. Pasamos cuatro horas con ellos. Se alternaban para disfrutar de una y de otra mientras nosotras permanecíamos maniatadas como dos muñecas hinchables. Antes del amanecer se marcharon dejándole una buena propina a la dueña de la casa. Yo no vi sino lo que me corresponde. Poco, mami. Bastante poco.

—Pero, ¿entonces me confirmas que hay menores de edad en las casas de la zona?

—Claro, mami. Casi todas llegan nuevitas y a estrenar. ¿O qué cree usted? Yo ya soy de segunda división, mami. Luego están mis compañeras de Molino de viento y de Aguadulce que son de tercera división y las niñas de la calle Pamochamoso son las retiradas. Pero casi todas tienen algún cliente fijo que las mantiene. Y las jovencitas, las que vienen frescas y asustadas son la cantera.

—Pero eso es ilegal, Zene.

—Mami, no me venga con clases de moral barata. Sea o no sea ilegal aquí hay dos negocios con los que nadie se mete, uno es la funeraria y otro la prostitución. Todo el mundo se muere y todo el mundo folla. ¿Trata de blancas? ¿Explotación infantil? Pues sí. ¡Póngalo, póngalo, mami! Pero eso no va a cambiar nada más que el hecho de que usted se lleve algún susto si eso sale a la luz bajo su nombre.

Porque recuerde que el mío no saldrá por ningún lado, ¿estamos?

—Tranquila, Zene. Tu anonimato está garantizado. Pero, hay algo que no entiendo, ¿nunca han denunciado? Esas niñas están aquí en contra de su voluntad.

—A ver, mami. Esas niñas saben cuál es su destino desde el principio. Se resignan. Vienen de familias que no tienen donde caerse muertas. Nosotras no nos hacemos muchas preguntas existenciales, mamacita. Esto es lo que hay y esto es lo que hacemos. Luego están las que caen en los vicio, como Rosa. Ese es el peor error. Dejas de ser dueña de ti. Te arrastras por un pico. Yo sé que esto es muy duro y que cualquier cosa vale para evadirse, pero no la droga, mami. A veces es mejor llorar, gritar o morder la almohada, pero no la heroína.

—¿Y si un cliente te lo exige dentro del servicio que te solicita?

—Lo hacen, mamita. Lo hacen. Y yo la he consumido, pero no permito que esa dama de blanco me domine. No, no, mami. Yo tengo más poder. Ay, mamacita, si yo hubiese estudiado habría llegado tan lejos...

—Nunca es tarde, Zene. ¿Por qué no te apuntas a unas clases o algo?

—Mi reina, para mí ya es tarde. Ya mi rumbo es fijo.

—Zene, ¿podrías hablarme de Rosa?

Guardó silencio y se miró las uñas de porcelana que llevaba perfectamente arregladas con la manicura francesa. «Otro día, mami. Que ya está cayendo el sol y el vicio no espera. No quiero que pasen a buscarme y no me vean apoyada en mi esquina».

Nos dimos dos besos y la vi alejarse con esos andares hipnóticos.

Érase una vez un cuento con final feliz.

Dos enamorados,

tres caricias,

cuatro sueños,

cinco amaneceres,

seis noches de luna llena,

siete miedos,

ocho batallas ganadas,

nueve perdidas

y diez comienzos.

Érase una vez un cuento al revés...

29

Pablo

«Te has perdido quién soy/lo que estaba dispuesta a entregarte/ te has perdido quién es/ la mujer que ahora tienes delante/ cómo suena mi voz/ una tarde de abril y levante/ no me hiciste el amor/ cada vez que era tuya mi sangre/ cómo respiro/ cómo amanezco cuando hay tormenta».

Hoy me gustaría hablarte del amor, Pablo. Sé que tú crees sabértelas todas, no sé si es un problema de edad o de ego. Pero sabes tan poco de él y de cómo manejarlo... Sigo pensando en ti, aunque eso tú ya lo sabes. Y sigo culpándome porque te hayas ido. No sé, quizá pude hacerlo mejor. Tal vez, si no te hubiese demandado tanto amor aún estarías a mi lado. Yo queriéndote y tú dejándote querer. Una relación un tanto desequilibrada, pero por lo menos junto a ti. Porque así es como entiendes el afecto. Un trato donde no debas implicarte más allá de estar de cuerpo presente —como diría mi abuela—. Una analogía que no te haga cuestionarte nada más allá de tu egoísmo, porque desde que eso sucede, desde que te tambaleen los cimientos a los que tan bien tienes arraigada tu zona de confort, desapareces. Y te da igual lo que hayamos vivido juntos. Da igual que me haya esforzado para hacerte feliz. Aún me pregunto qué sigo esperando de ti. Si cuando me miro las manos no hallo en ellas nada tuyo. El amor es mucho más de lo que tú das. No basta con estar ahí. Se basa en dar el callo, día a día. En las buenas, sí, pero más en las malas. Más en los momentos en los que tu pareja te dice que está tocando fondo. Un grito de auxilio en el que solo reclama la atención de su amado. Un abrazo. Un beso. Una mirada cargada de «estoy aquí, juntos podremos con esto» pero yo solo me encontré un muro contra el que me estampé y me hice añicos. Porque yo soy muy así, veo que me voy a estampar y acelero. Luego tu ausencia. Porque los problemas se solucionaban cortando de raíz. Matando al perro se acaba la rabia y yo era el perro y la rabia. Como si fuese culpa mía que tú no supieras posicionarte. Como si fuese culpa mía que los conflictos formen parte de la evolución del ser humano. Aún recuerdo tus palabras antes de decirme adiós definitivamente, aún recuerdo cómo me gritaste que sin mí eras más feliz. Que nunca lo habías sido en la relación, que tan solo estuviste «bien», ¿qué es estar bien? Que solo llegué a tu vida para dañarte. Para ningunearte. ¡Qué curioso! Ningunearte yo, que me dediqué a complacerte día y noche. Que solo vivía por y para verte sonreír. Al

final me llevé la peor parte. Nunca me quisiste, Pablo. Nunca me elegiste, pero sí elegiste bando. Y yo no estaba en él. ¿Era eso amor? No lo sé. Creo que simplemente te encaprichaste conmigo. Quizá fui un reto, y tú, un seductor nato, no dudaste en jugar tus cartas. Luego me enamoré y perdí puntos. Te perdí. Ahora sigues de flor en flor. Llenándote de relaciones vacías. Siendo feliz a tu forma. ¿Y yo?, me pregunto. ¿Soy tan fácil de olvidar? ¿No me echas de menos por la noche? ¿Mi cabeza en tu pecho? ¿Mis manos danzando por tu cuerpo? ¿Mis abrazos? Yo te sigo buscando por las calles, en los restaurantes que frecuentábamos o en cualquier semáforo. Te busco en las aceras. Caminando por la ciudad o en tu terraza de siempre. Te busco en el olor a tabaco y en el olor a madera. Te busco en las canciones de Silvio Rodríguez y en los versos de Borges.

*Entre mi amor y yo han de levantarse
trescientas noches como trescientas paredes
y el mar será una magia entre nosotros.*

*No habrá sino recuerdos.
O tardes merecidas por la pena,
noches esperanzadas de mirarte,
campos de mi camino, firmamento
que estoy viendo y perdiendo...
Definitiva como un mármol
entristecerá tu ausencia otras tardes.*

Jorge Luis Borges

Eso es amor, Pablo. La entrega total hacia otra persona. Fundirte y perderte con ella sin llegar a perderte tú. Es apostar. Es arriesgar y, en más de una ocasión, perder. Es renunciar a las glorias del pasado para deleitarte en las glorias del futuro. Poner en una balanza, sí, Pablo, poner en una balanza lo que alguien te aporta. Porque no siempre se está en la cresta de la ola. A veces uno se hunde. Se ahoga y vuelve a salir a flote. Eso es más fácil entre dos. Ya sabes lo que decía mi abuela «en una relación a veces tira uno y a veces el otro, canija» un continuo dar y recibir de forma recíproca. El amor en definitiva, Pablo, es liberarse del ego, y tú estás muy lejos de entenderlo.

30

«Querido marzo, si he de pintarte de un color, sin duda, lo haría de gris. Si tuviera que describir tu textura, lo haría usando el adjetivo áspero y, si de sabores alguien me preguntara, el amargo sería tu leitmotiv.

Querido marzo gris, áspero y amargo, ¿qué culpa tendrás tú de ser así? ¿Qué hacemos contigo más que aceptarte? Eres solo un apéndice, una rémora de febrero que con sus disfraces de carnaval —o de la vida— nos transforma por dentro y por fuera.

Marzo, marzo. El tercero de tus doce hermanos, como lo fueron los doce apóstoles, ¿serás tú quién me bese la frente? Aun así, marzo, con todos tus defectos y todas tus traiciones, yo voy a amarte un poco. Porque el amor es así cuando es sincero, incondicional y, en ocasiones, eterno».

Sonó el timbre y cerré el diario con el regusto amargo que da saber que el tiempo juega en tu contra. Que el tiempo sigue su curso y yo permanezco aquí estancada a algo que no consigo identificar. A alguien que no existe y que, por momentos, me hace dudar de si llegó realmente a existir. Marzo se vestía de gala para regalarnos la primavera. Un nuevo mes. Una nueva estación. Una nueva oportunidad. Supuse que era Zene la que esperaba al otro lado de la puerta. Habíamos decidido continuar con las entrevistas en mi casa, ya que le estaban haciendo demasiadas preguntas con respecto a nuestros encuentros. «Es que una no puede tener una amiga que no sea puta, mami», solía responder. Pero algo tenía que haber sucedido para que la mulata de curvas vertiginosas tuviera miedo. Abrí la puerta con una sonrisa y en lugar de una colombiana sabrosa estaba Ian, que me devolvió una sonrisa de dientes perfectos.

—¿Puedo pasar? —preguntó al ver que permanecía inmóvil en el alféizar.

—Sí, claro. No te esperaba.

—¡Vaya! Esperabas a otra persona por lo que veo.

—Sí, a Zene. Pero no te preocupes, pasa. ¿Qué te trae por aquí?

Se sentó en el sofá de cuero blanco con un brillo en la mirada que lo hacía parecer un niño lleno de ilusión.

—Pues me trae un chisme, una noticia o como lo quieras llamar.

Encarné las cejas intentando parecer indiferente.

—No sabía que eras de los chismosos. Eso déjame a mí, que siempre puedo

alegar que es deformación profesional.

Ladeó la cabeza y me guiñó un ojo.

—A Sofía le ha encantado lo que has escrito. Me llamó a las once de la noche para leerme algunos párrafos. Te lo piensa decir mañana. Me temo que tendrás que ponerte las pilas porque *Las caricias que no me diste*, tendrá carta blanca. La editorial del periódico correrá con los gastos de la edición. Eso sí, señorita, usted no sabe nada y mañana se esfuerza en fingir sorpresa cuando reciba la noticia. No me vaya a dejar mal.

Las palabras de Ian sonaban como un eco lejano y casi imperceptible. Me llevé las manos a la boca y me apoyé contra la mesa del salón. No sabía si reír o llorar.

—¿Has tenido tú algo que ver en todo esto? —alcancé a preguntar.

—Nada, Carolina. A mí me sorprendió la llamada tanto como te está sorprendiendo a ti. Pero yo no tenía ninguna duda, Carolina, lo que leí la otra vez era muy bueno.

Me senté a su lado sin saber muy bien cómo encajar aquella información. Sonreí y me sacudí el pelo. Aquello era una gran noticia en un momento de mi vida donde lo único que quería era desaparecer, dejar de existir. ¿Me concedía el universo una nueva oportunidad para resurgir? Pero, cómo se vivía sin Pablo. Sin Pablo y su recuerdo. Sin Pablo y su «no» olvido.

—¿En esta casa no hay vino? Esto se merece un brindis.

Ian tenía razón, la ocasión merecía celebrar la vida, aunque tú, Pablo, no estuvieras en ella. Saqué de la nevera un Vega Sicilia y dos copas.

—Por ti, Carolina, y por todo lo bueno que está por venir.

Chocamos las copas y bebimos en silencio. Mi abuela siempre decía que el vino es uno de los mayores desinhibidores que existen. Que había que tener cuidado porque te desata la lengua y te abre las piernas. Y como siempre, esa bendita mujer tenía razón. El vino empezó a subirme a la cabeza y la inconsciencia a bajarme por los muslos. Me acerqué a Ian y le susurré:

Lo tenía atrapado en un incendio.

Su casa ardía y el humo le salía entre las piernas.

Él decidió quemarse.

Me miró con furia y algo de confusión. Yo seguí provocándolo como una gata en celo. Quería sentirme mujer. Necesitaba sentirme mujer. Notar la excitación

de un hombre al verme desnuda. Las ganas de hacerme y deshacerme. Precisaba arrancarme de la piel el recuerdo de la desidia de Pablo de los últimos meses en los que no me tocaba. En los que no me veía. Ian me agarró de la coleta y me atrajo hacia él. Me mordió el labio inferior y pegó su frente con la mía. «¿Por qué juegas conmigo?». Yo me zafé de sus manos y me senté a horcajadas. «¿No te gusta jugar?», «No me gusta quemarme, Carolina». «Tranquilo, yo te apago el fuego». Se desató el furor de ambos. Su deseo hacia mí y mi deseo hacia el despecho. Follamos con la agresividad de quien se desquita de la rabia, de la nostalgia y de la soledad. Sé que quizá no obré desde la sinceridad. Sé que jugaba con la ventaja de que él sí podía enamorarse y yo, yo ya no tenía remedio. Y me sentí como Pablo. Manipuladora, egoísta y fría. ¿Quería eso para mí? ¿Era eso lo que sentía Pablo cuando me veía mendigarle amor? ¿Lástima? Yo no era Pablo y nunca sería como él. De un salto salí de la cama y me metí en el baño. Mientras el agua limpiaba mi cuerpo, las lágrimas me aliviaban el alma. Ian entró en la ducha y me abrazó. «Lo siento», balbuceé. «Tranquila, es el efecto que causo en las mujeres. Después del orgasmo, lloran». Sonreí y permanecimos abrazados un rato mientras el agua corría por nuestros cuerpos. Cuando salí del baño Ian había preparado té. Nos sentamos en el sofá en silencio. Apoyó su mano en mi muslo. Agradecí ese gesto de cariño.

—¿No crees que es tiempo de avanzar, Carolina? No lo digo solamente porque me convenga que olvides a quien quiera que te haya llenado de cicatrices, sino porque si no vacías la mochila, no podrás llenarla con nada nuevo.

—No, Ian. No te esfuerces por ir más allá de un par de polvos conmigo. Te aseguro que lo que hay debajo de esta capa de piel no te gustará.

—¿Y no puedo ser yo quien decida eso?

—¡No!, porque cuando lo descubras para mí será tarde. Yo me habré entregado en el momento justo en el que tú querrás alzar el vuelo, y yo... Yo no podré alcanzarte con mis alas rotas.

—No todos somos iguales, Carolina.

Torcí el gesto y di la conversación por concluida. Ian dejó la taza de té sobre la mesa del salón, me agarró la cara y me dio un beso en la frente. De esos que te elevan.

—Es una pena, Carolina.

Yo agaché la mirada. Lo observé coger la chaqueta y caminar hacia la puerta. Antes de salir se detuvo y me regaló una última mirada. Cerró. En la casa el vacío y el silencio lo inundaron todo. Me dejé caer en el sofá y lloré abrazada a mis rodillas. Ian también me dejaba. ¿O en esta ocasión era yo quien lo dejaba marchar? Era una experta en las despedidas. Era una estación de tren, siempre

estaba de paso, pero nadie permanecía en ella. Solo el eco lejano de los pasos que se alejan. La humedad de las noches de lluvia y los papeles que arrastraba el viento. No era más que unos raíles oxidados por el ir y venir de trenes cargados de pasajeros. Cada uno con sus historias, con sus sueños. Con sus tristezas y alegrías. Eso era yo. El lugar de paso.

31

No hay nada peor que volver a los comienzos. Retroceder en el tiempo. Empezar de cero. Volví a amanecer con los ojos hinchados y el alma rota. Volví al inicio de la decadencia. Al abandono. Al recuerdo. A Pablo. Obvié el espejo. Sabía lo que iba a decirme y no me interesaba escucharlo. Tres respiraciones profundas y me enfundé en el disfraz de la indiferencia. De la que pasa por la vida sin pena ni gloria. Tenía que llegar pronto al periódico. Era el Día de la Mujer Trabajadora y debía escribir mi columna. Quizá un poco ácida. El móvil no hacía más que vibrar anunciando mensajes cargados de felicitaciones, porque según el noventa por ciento de la población, ser mujer es lo máximo, en cambio yo me pedía ser hombre en la próxima vida. Masoquismos los justos. #nomepidonuncamássermujer #sermujerduele #enlapróximavidaquierotenerrabo. Llegué a la redacción y me senté a teclear como una loca. Como una desquiciada. ¿Feliz Día de la Mujer? ¿En serio? ¿Y me tenía que sentir especial? Puede que sí, que quizá llevara una sucia feminista dentro y, que ese día, tenía más ganas de salir que nunca.

Reflexiones de una sucia feminista

Mujeres, no festejen por un derecho

Otro año más celebramos el Día Internacional de la Mujer, una celebración centenaria que poco me dice. ¿Rebelde? Quizá sí. Quizá he tenido que pelear tanto para hacerme un hueco en esta sociedad machista que el simple hecho de tener un día internacional me da más pena que alegría.

Hoy ocho de marzo «los mundos de Yupi» —entendido como las redes sociales— se llenan de imágenes que conmemoran este día. Se me ha colapsado el whatsapp de tantas felicitaciones que estoy recibiendo. Curiosamente muchas de las mujeres que me felicitan son las mismas que días antes, entre cafés, se quejaban de las pésimas condiciones laborales que sufrían. «Por lo menos trabajas», comentó una. Y ese «por lo menos» me irritó. Estoy hasta la fregona —porque soy mujer y lo mío debe ser limpiar— de tener que conformarnos con un «por lo menos». De que tu marido te trace un mapa en la cara a bofetones y alguien venga y te diga: «por lo menos tienes marido».

Llevamos celebrando este día más de cien años y la cosa ha cambiado muy poco. Tenemos demasiado que reivindicar y poco por lo que festejar.

Yo no quiero un Día Internacional de la Mujer, yo quiero igualdad salarial.

Quiero que cuando a un hombre se le desate la furia se golpee a sí mismo y no a su pareja

Quiero que vayamos por la calle —vestidas como nos dé la gana— sin que nos silben como si fuésemos perros.

Quiero que nuestros méritos estén regidos por nuestro talento no por el tamaño de nuestro escote.

Quiero que podamos «pararle las patas» a nuestro jefe cuando invada nuestro espacio personal, nos acose o ningunee sin miedo a que nos despidan.

Quiero que seamos las víctimas en una violación y no las culpables. Nosotras no queremos que nos violen. Tampoco lo provocamos.

Quiero que podamos decir: «no me apetece mantener relaciones» sin el temor de que nuestra pareja nos ponga los cuernos. Acción que luego justificará la sociedad con un: «él buscó fuera lo que no le daban en casa».

Quiero que podamos quedarnos embarazadas sin que peligre nuestra vida laboral.

Quiero que dejemos, y que dejen de aplaudir, a los hombres por realizar tareas del hogar o ayudar con los niños —que también son sus hijos— como si fueran héroes. Eso lo hacemos nosotras a diario y no nos aplaude nadie.

Así que, ¿aún les quedan ganas de celebrar el Día de la Mujer?

Dánae llegó a la redacción cuando yo me tomaba el segundo café de la mañana.

—¡Hoy sí que has madrugado, eh!

Asentí y me escondí detrás de la taza. Mi amiga se acercó y me abrazó.

—¿Una mala noche?

—Una mala vida, amiga. Una vida de mierda.

—Pero estabas remontando, Carolina. ¿Qué ha pasado? ¿Tú no crees que sea hora de pedir ayuda?

—¿A un loquero?

*—Carolina, a quién sea. Pero no puedes seguir como un alma en pena. Te echo de menos. Echo de menos a mi amiga. Te propongo algo, qué te parece si esta noche vienes conmigo a *mindfulness*. Prueba solo hoy. Si no te gusta te prometo que no insistiré más.*

—¿Eso qué es?

—Una técnica meditativa que tiene múltiples beneficios a nivel mental. Una forma de estar presente en el aquí y ahora sin divagar en el pasado ni fantasear con el futuro. A través de la meditación puedes alcanzar la paz emocional que tanto anhelas.

Me rendí y acepté la mano que me tendía mi mejor amiga. Si no lo hacía por mí, al menos hacerlo por ella que tanto había sufrido al verme relamer las heridas y levantar la caspa cada vez que empezaban a cicatrizar.

Sofía entró en la sala donde desayunábamos con los folios que le dejé la última vez. «Carolina, vengo a decirte que esto es fantástico. *Las caricias que no me diste*, puede funcionar muy bien —o eso espero dado el dineral que voy a invertir en la edición y en la promoción—. La relación entre la puta y la protagonista dará mucho juego. ¿Y la historia de desamor? ¡Genial! ¿A quién no le han roto el corazón? Todas las mujeres nos identificaremos con ella. Solo espero que al final se quede con el chico guapito».

Sofía me guiñó un ojo y salió de la sala. Antes de cerrar la puerta me advirtió de que quería todos los viernes material nuevo sobre su mesa y que este nuevo proyecto no podía interferir en mi columna de opinión. Asentí a todo y cuando se fue, Dánae y yo nos abrazamos con la emoción de dos adolescentes a las que dejan salir hasta bien entrada la noche. Aunque yo ya sabía que a mi jefa le había gustado el texto, escucharlo directamente de ella —la mujer de hielo— era mucho más satisfactorio. ¿Tenía ahora una razón para vivir? ¿Me daba Pablo una tregua? ¿Me la daba yo a mí misma?

—Carolina, ¡qué orgullosa estará tu abuela de ti!

Sonreí y me agarré la media luna de oro que siempre llevo colgada al cuello y que me regaló cuando tenía unos quince años.

Fui hacia mi mesa, cogí el móvil y salí a la calle para llamar a Zene. La redacción del periódico da a la Avenida Marítima. Marzo siempre ha sido un mes bastante feo, le falta color y le sobra viento. Ante mis ojos se abría un cielo gris que a ratos lloraba y a ratos dejaba que unos tímidos rayos de sol le secaran las lágrimas. El mar, también oscuro, estaba embravecido. Las olas chocaban con los amasijos de hierro que se habían instalado en nuestras aguas. La brisa áspera me arañaba la cara y anhelé el brillo del verano. Tres veces insistí y tres veces saltó el buzón de voz. Empecé a preocuparme. Zene nunca desconectaba el teléfono. Era puta y estaba de servicio veinticuatro horas. Sí, días menstruales también. Ya me había explicado que en esos días del mes se introducía una esponja en la vagina que absorbía la regla y así podía continuar con su jornada laboral. Entonces, ¿qué estaba sucediendo? No acudió a la cita del día anterior y ahora no respondía al teléfono. ¿Se habría arrepentido de querer colaborar conmigo? ¡No, Zene no es de las que se raja! Y si lo hace da la cara. Volví a entrar al periódico. Cogí el bolso y la chaqueta. Sabía dónde podía encontrarla.

*Si tan solo un instante fuese eterno,
y el frío de un adiós fugaz,
no dolería tanto tu ausencia
ni las horas muertas en las que no estás.*

Pablo

Sabes que siempre he sido de la luna, Pablo, pero nunca le hice ascos al sol. No me importaba darle una tregua a la noche cuando despuntaba el alba y continuar con mi rutina. Continuar con mi día a día recordando tus caricias de la madrugada. Esas manos frías de dedos huesudos, traviesas e inquietas. Unas manos que se colaban por lugares de mi cuerpo que descubrí contigo. Que vivieron tantos años en mí dormidas, esperando tu llegada y, que ahora, se han vuelto a dormir. No quieren despertar y no hallarte. Y así estoy yo, Pablo. Escondida bajo las sábanas. Escondida del mundo. Escondida de mí. Echándote de menos y echándome de más. Desde que no estás ocupo mi tiempo escuchando música y escribiendo. Mira tú por dónde, Pablo. Escribiendo yo. Escribiéndote a ti. Leo los poemas en alto, como hacías tú, pero luego los rompo en mil pedazos como hiciste conmigo. Sí, así de ácida me he vuelto, cómo no me ibas a dejar si voy dejando olor a podredumbre por donde quiera que pase. Sí, me he vuelto tan gris como el mes de marzo. Ya nada florece junto a mí, hasta la orquídea que me regalaste se marchitó. Qué lástima no poder dejar de respirar y hacer que así, se caigan una a una mis extremidades, como pétalos de flores y morir asfixiada por no realizar la fotosíntesis. He de probar a dejar de respirar. Porque comer ya no como, Pablo, y el sol dejó de salir el día que me dijiste adiós. Que dejaste de luchar por mí como sí hiciste por otras. ¡Qué poca cosa fui a tu lado! ¡Qué poco te importé! Como una colilla mal fumada que cae al suelo y pisas con brío.

Colilla

Mi abuela siempre me dijo que no me sentara en las aceras. Que eso no era de niñas de bien. Que las niñas correctas que aspiraban a ser alguien en la vida no se tiraban en las aceras, cual colilla mal fumada que alguien dejó caer a medio consumir para que terminase por destruirse con el paso del tiempo.

Mi abuela también me decía que ella nunca se equivocaba, que le hiciera caso... ¡Qué ya se lo agradecería! Que disgusto se llevaría la mujer con su pelo blanco, los dedos consumidos por la artritis intentando terminarme esa bufanda hecha a

mano que lleva tres inviernos bordando y nunca termina, si me viese sentada en este bordillo gris donde me dejaste un día. He visto como se consumen las colillas. Es curiosa la vida del cigarro, casi que me recuerda a nuestro amor. Al principio lo enciende el deseo, las ansias de llevártelo a la boca, de sentir entre tus labios su tacto y perpetuar en tu lengua su amargor. Luego lo inhalas y exhalas disfrutando de ese recorrido que hace por tu cuerpo, tan placentero que parece calmarte, devolverte la vida... Y llega un momento en el que no sabes cómo ni por qué deja de resultarte agradable y lo lanzas al suelo sin importarte cuántas caladas te quedaban por aprovechar. La colilla cae huérfana de ti, y tú en ocasiones, según el día, la pisoteas con ímpetu para asegurarte de que no haya restos de vida que puedan avivar. Otras veces la dejas que se consuma por sí sola, y eso duele más. Fumar mata, pone en las cajas de tabaco, y amar también, lo dice el contrato de la vida, pero en otro idioma, porque yo no lo entendí cuando lo leí ¡Ya ve, abuela! Que ya sabía yo que no iba para niña de bien. Que aquí estoy en una acera tirada como una colilla, agonizando y esperando a que las últimas cenizas que quedan en mi corazón se consuman de una vez... Que este invierno tan seco no ayuda, y que estas chiribitas me calientan el alma en las noches de frío.

Mi abuela también me enseñó a permanecer quieta en un lugar hasta que viniesen a buscarme. Quizá por eso aún te espero viendo crecer la hierba en el alquitrán... Por ahí leí un día algo así como: «Donde quiera que Dios te plante, florece». Pero es que a mí no me plantó Dios, me plantaste tú aquel diez de enero, cuando el cielo estaba gris (conteniendo el llanto) cuando nevó en el Teide y se hundió un barco. Cuando los soldados volvieron a la guerra, cuando los ciudadanos subían la cuesta (de enero) y los niños ya se habían cansado de jugar con sus recién estrenados juguetes de Reyes. Me plantaste aquel diez de enero que traía nuestra historia en una melodía... Me plantaste tú, y no sé yo si eso me da derecho a florecer. Lo que sí sé, abuela, es que usted nunca se equivocaba.

Zene

No fue difícil encontrarla. Allí estaba, en su esquina de siempre, pero con menos ganas que de costumbre. Aquella mujer a la que me acercaba no era la morenaza sabrosa que una noche me salvó de ser degollada por unos cuantos rumanos. No era la mulata de curvas exuberantes que no pasaba desapercibida y que con su historia de libro me había devuelto la ilusión sin ella apenas intuirlo. Cuando me vio retrocedió y miró a ambos lados de la calle. No había que ser muy inteligente para saber que algo raro estaba pasando. Mantuve la distancia y le hice un gesto con ambas manos. La vi sacar el móvil del bolso. Esperé impaciente. Pasados unos cinco minutos recibí un *whatsapp*. «Vete, mami, por favor. Ya me pondré en contacto contigo». «Pero, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado, Zene?» «Chica, vete y déjame hacer mi trabajo. No compliques más las cosas». «Zene, quieres que vaya a la policía». «No, mami. Quiero que me deje hacer las cosas a mi manera. Lárguese, por la virgencita del Carmen». Uno de los rumanos salió de la casa donde vivía Zene. Ella escondió el móvil y siguió desgastando los adoquines con sus andares. Yo me agaché detrás de un coche e intenté alejarme de allí sin ser vista, intentando trazar un plan para descubrir qué le sucedía a aquella mujer que, sin saber cómo, se había hecho un hueco en mi vida. Si por mi culpa estaba en peligro, haría cualquier cosa por ayudarla. Zene se merecía una vida mejor.

34

Aquello de respirar no estaba tan mal. Era como una reconciliación con uno mismo. Un parón. Un basta ya de correr con el pensamiento disperso de un lado a otro sin llegar a ninguna parte. Estábamos en una sala amplia. Dánae, como siempre, a mi lado, sentadas en el suelo sobre un tapiz lila. Formábamos un círculo dejando en el centro una vela que le daba calidez a la estancia. Siete mujeres y dos hombres. Uno de ellos el maestro. Era un tipo singular. De espesa barba y cabello largo. Paciente. Se tomaba su tiempo para hablar y te miraba directamente a los ojos. Después de estar un rato respirando con los ojos cerrados, siendo solo conscientes de cómo entraba y salía el aire por la nariz, noté cómo cada uno de los miembros de mi cuerpo se iba relajando. ¿Desde cuándo no sentía esa paz? ¿Cuánto tiempo llevaba en guerra conmigo misma? Mi voz interior se apagó y la oscuridad se fue destiñendo de negro a gris y de gris a blanco. No estaba tan mal junto a mí y, sin querer, me di cuenta de que estaba volviendo a casa. Tal vez aún me quedaran kilómetros por andar, pero algo me decía que ya no sería por un camino de escombros, sino por uno de ladrillos por el que ir levantando mi futuro.

El maestro nos pidió que, poco a poco, volviésemos al momento presente y con calma abriéramos los ojos. Para terminar la clase nos narró un cuento indio.

Será para bien

El primer ministro del rey era un hombre de visión clara y gran ecuanimidad. El rey, por eso mismo, tenía una enorme confianza en él. A menudo el ministro decía ante un acontecimiento o circunstancia: «será para bien». Pero un día el rey estaba utilizando un cuchillo y se rebanó por completo uno de los dedos de la mano. El ministro, que en ese momento estaba presente, declaró sin perder la calma:

—Será para bien.

El monarca montó en cólera. ¿Cómo podía ser para bien que se hubiera quedado sin un dedo, mutilado para siempre? Indignado y decepcionado, el monarca ordenó que metiesen en la cárcel al primer ministro. El ministro dijo:

—Será para bien.

Días después el reino fue conquistado por un feudo vecino. El monarca del país invasor ordenó a los sacerdotes que sacrificasen al monarca en honor a los

dioses. Iban a inmolarlo cuando descubrieron que le faltaba un dedo, por lo que tuvieron que desistir del sacrificio, puesto que no se puede sacrificar a los dioses un cuerpo imperfecto. Entonces el monarca vencedor dijo:

—En tal caso, sacerdotes, sacrificad al primer ministro.

Pero como el primer ministro estaba en prisión, nadie logró dar con su paradero. Pasadas unas semanas, fuerzas leales al monarca destronado reconquistaron el reino. Entonces el rey se dio cuenta de que su primer ministro había tenido razón. Gracias a su mano mutilada y a que el ministro estaba encarcelado, habían salvado sus respectivas vidas. El rey llamó al ministro y le abrazó. El ministro dijo:

—Majestad, todo es tan contingente, tan inestable, que he decidido dedicar el resto de mi vida a la práctica de la meditación y la búsqueda de lo sublime.

El monarca dijo:

—Será para bien.

El ministro repuso satisfecho:

—Enhorabuena, rey. Habéis aprendido la lección.

Cuando el cuento terminó, el maestro se dirigió a nosotros, que estábamos en un estado de profunda paz y armonía.

—A menudo en el momento en que nos suceden los acontecimientos carecemos de perspectiva y sagacidad para saber si realmente son buenos o malos, favorables o desfavorables, porque pueden resultar placenteros y, a la larga, ingratos o viceversa. Con el paso del tiempo nos damos cuenta de que muchas veces lo que parecía una bendición en nuestras vidas se ha tornado una maldición y lo que nos parecía una maldición se ha vuelto una bendición. Por ello, es necesaria la ecuanimidad una vez más, para evitar actitudes desmesuradas de euforia o abatimiento, cuando en realidad muchas veces no vamos a saber hasta pasado el tiempo si el veneno era néctar o el néctar se ha vuelto un veneno. La paciencia, la visión clara y la imparcialidad son siempre aliados excelentes para el discurrir cotidiano.

—¿Y bien? —me preguntó Dánae una vez que habíamos salido de clase.

—Gracias, amiga, por el regalo que me has hecho hoy.

Nos despedimos con un abrazo.

35

Ian llegó sobre las diez de la noche. Esta vez era yo la que había pedido comida. Cenamos *pizza* y bebimos vino mientras él me contaba lo bien que se recuperaba el niño de la malformación congénita.

—Me alegro de que me hayas llamado, Carolina. Pensé, la última vez que nos vimos que...

Yo no contesté. No lo había llamado para tirarme a sus brazos ni para empezar una historia de amor. Necesitaba su ayuda. Le sonreí tímidamente. Me gustaba, sí, pero no podía seguir entregándole migajas si aún al mirarlo buscaba a Pablo.

—Ian, necesito que me ayudes. ¿Recuerdas el último día que estuviste aquí? Te comenté que Zene, mi amiga la prostituta, había quedado en venir. Pero nunca apareció. Intenté llamarla en los días posteriores, pero su teléfono siempre estaba apagado. Hoy fui a verla, pero no pude acercarme a ella. Solo nos comunicamos por *whatsapp*.

Le tendí mi teléfono para que pudiera leer la conversación.

—Estoy preocupada. ¿Y si por mi culpa está en peligro?

Ian me devolvió el móvil. Estaba serio. Intuí que él había considerado aquella cena un acercamiento. Tal vez se sintió utilizado. Agaché la cabeza y recogí los platos.

—Lo siento, no pretendía que te lo tomaras a mal.

—No te preocupes, Carolina. Simplemente pensé que... Bueno, dime cómo puedo ayudarte.

—¿Podrías ir a su esquina, hacerte pasar por un cliente y traerla aquí?

—Claro, Carolina. Iré a buscarla. Pero antes, me gustaría que habláramos.

Me agarró de la mano y me llevó al sofá.

—Carolina, estoy enamorado de ti. Sé que has sufrido mucho, pero creo que debes salir de ese estado vegetativo en el que te encuentras. Déjame demostrarte que mereces ser amada. Déjame intentarlo.

Me levanté del sofá y me dirigí a la puerta. La abrí indicándole que debía irse.

—No seré capaz de hacerte feliz —le dije.

—No, Carolina. Eres tú la que no quieres ser feliz.

Y tras decir esto se marchó.

«Será para bien», me dije.

*Justo ahora que empezaba a olvidarte,
me trae el viento el aroma de tu cabello enredado.
Justo ahora que empezaba a olvidar la melodía de tu risa,
llueve lento despeinándome el recuerdo
como me despeinabas la vida con tu disparidad emocional.
Y justo ahora que esto pasa pero tú sigues sin pasar,
sé que me queda esperar a que regreses a buscarme,
aun sabiendo que nunca volverás.
Andarás muy ocupado enredando cabellos con tu aroma
y despeinando recuerdos con tu olvido.*

36

Pablo

Hola, Pablo. Traigo buenas noticias. Hoy es el último día que te escribo. Pero antes he de confesarte algo. El día que te fuiste no me dejaste solo a mí. No te despediste solo de mí. Había alguien creciendo en mi interior a quien también abandonaste y, semanas más tarde, igualmente abandoné yo. Sí, Pablo. Estaba embarazada. No lo supe a tiempo. No me enteré hasta algunos días después. Quizá, si lo hubiese sabido antes, tú no me habrías dejado. Intenté contártelo varias veces, pero nunca respondiste a mis llamadas y me bloqueaste en las redes sociales. ¿Por qué tanto odio, Pablo? ¿Por qué esa frialdad, esa falta de tacto hacia la persona con la que compartiste tanto tiempo de tu vida? ¿Qué hice tan mal para que me desterraras con esa facilidad? ¿Cómo pudiste olvidar tan rápido las caricias, los besos y los buenos momentos? Dime cómo lo hiciste, cuál es el secreto, para así ponerlo en práctica y arrancarte de mis entrañas como me arrancaron a nuestro hijo. No fue fácil tomar la decisión. Fueron muchas las noches que dormí agarrada a mi vientre fantaseando con cómo sería nuestro bebé y muchas las que aún despierto llorando porque ya no forma parte de mí. Ya no formas parte de mí... Me preguntaba si tendría tus ojos y tu sonrisa de medio lado. Si sus manos también serían largas y de dedos huesudos. Me planteé tenerlo y buscarte para que conocieras a tu otra mitad. Pero no hubiese servido para nada. Puede que hasta lo rechazaras a él, y no podía hacerle eso a nuestro pequeño. Así que una mañana me vi en la Clínica del Carmen junto a otras mujeres que estaban en la misma situación. Nos iban llamando una por una y nos pasaban a una consulta en la que una mujer nos hacía una serie de preguntas para saber cuál era la razón que nos llevaba a asesinar a nuestro futuro hijo. Sí, Pablo. A asesinarlo. Después nos ponían una pulsera en la mano con un número. Éramos solo eso, mi amor. Un número. Me subieron a una habitación que compartía con dos mujeres más y me dieron una pastilla: oxitocina, para provocar el parto. Lo que vino después fueron náuseas, vómitos y un malestar generalizado —efectos secundarios—. Media hora más tarde vinieron a recogernos y bajamos juntas a quirófano. Íbamos entrando una tras otra a la sala, con la certeza de que después de atravesar esa puerta verde saldríamos un poco más incompletas. Yo por partida doble, sin él y sin ti. Me llegó el turno. Una enfermera me indicó que me tumbara en la camilla y colocara una pierna a cada lado, sobre unos reposa pies. Y allí me vi. Abierta de par en par. Con las piernas

mirando al cielo, quizá implorándole a Dios un poco de conmiseración. Después solo recuerdo la anestesia y despertar en la habitación con la entrepierna ensangrentada y un enorme vacío en el alma. Nos indicaron que debíamos ducharnos y nos dejaron compresas en el baño. Quince días desangrándome. Quince días muriendo un poco sin llegar a morir del todo. A duras penas me vestí y bajé a recepción. Allí me entregaron unos papeles que dejaban constancia de la matanza que acababa de tener lugar. Después de ese día, Pablo, bajé al infierno. Por asesina. Por pecadora. Pero creo que Dios se ha apiadado de mí. Tarde. Pero ha decidido tenderme una mano para que empiece a escalar las paredes de este agujero en el que estoy. Y yo se la he agarrado fuerte. Y aquí estoy subiendo, Pablo. Alcanzando casi la cima. Y no quiero que tú estés allí cuando llegue arriba. Por eso quiero que nos despedamos aquí y ahora, aún en medio de la oscuridad, para que tu recuerdo no tiña la luz que me espera al otro lado. Porque ya te he regalado bastantes noches de insomnio. De lágrimas y de *tequieros* que no entenderás en ningún idioma porque no entiendes el lenguaje del amor. No sabes nada de la vida, aunque alardees de haberla vivido intensamente.

*Tiro la toalla, amor.
Sí, amor mío, me rindo.
Estoy cansada.
Cansada de buscarte,
cansada de no hallarte.
De sentirte tan cerca y a la vez tan lejos.
Desisto, amor.
Desisto de tantearte en otras pieles.
En el calor de otras sábanas.
En caricias plastificadas con olor a indiferencia.
Me harté, amor.
Me harté de noches de sexo con ojos cerrados, porque al abrirlos y no
encontrarte,
al toparme con otra mirada encendida que no era la tuya,
moría en un cuerpo y en otro presa de un placer hipotecado.
Presa de un alma mal vendida.
Dejo de fingir, amor.
De fingir que puedo volver a amar,
que después de ti habrá vida,
habrá pasión...*

*Dejo de fingir que podré estremecerme con otros besos que no serán los tuyos.
Que habrá otra lengua que saciará mi delirio.*

Se acabó, amor.

*Se acabó este sin vivir,
este ni conmigo ni sin ti.*

Adiós, Pablo, entre versos. Adiós, Pablo, bajo el llanto. Adiós, Pablo, hasta siempre.

Zene

El timbre sonó tres veces. Corrí hacia la puerta presa de la desesperación. Cuando abrí no pude evitar sobrecogerme al ver la cara de Zene. Dos moratones le cubrían el rostro. Ella agachó la mirada y se coló rápido en mi piso. Le pregunté por Ian, «No sé, mamita. Me dijo que no se bajaba. Que en esta estación ya no paraba su tren». Se había acabado. Definitivamente se había acabado y me dolió. Pero él se merecía algo mejor de lo que podía ofrecerle.

—Zene, ¿qué te ha ocurrido? Dios, todo esto es por mi culpa. Si yo no hubiese...

—Shhh, mamita, déjese de lamentaciones. Esto es lo que hay. Esta es mi vida. Si no me hubiese golpeado por una cosa lo habría hecho por otra. Así es como nos las gastamos las putas. O usted, mami, se cree que a nosotras nos tratan con cariño.

—Pero tú no tienes que aguantar esto, Zene.

—Sí, mami. Sí. Porque si no, no como. Y ese es un vicio que tengo más de una vez al día.

—Pues busca otro trabajo.

—Mami, déjese de cuentos de hadas. Que yo no sé hacer otra cosa que esto. Nací para esto. No pretenda usted cambiarme ahora.

—Pero, ¿qué ocurrió? ¿Cómo descubrió lo nuestro?

—Usted, mamacita, sabe que el peor enemigo de una mujer es otra mujer. Y si no lo sabe, guárdese este consejo en algún cajón, porque más tarde o más temprano le hará falta. Las nuevas vienen pisando fuerte y creen que si tienen al jefe contento podrán vivir más tranquilas. Ese error lo cometemos todas y luego descubrimos que hagamos lo que hagamos siempre hay algún motivo para recibir una paliza. Este trabajo es muy perro, sobre todo cuando no eres tu propia dueña, sino una oveja más del rebaño de un mal pastor. Pero a mí me va quedando menos, en breve pasaré a ser de una categoría inferior y me dejarán tranquila. Esto no es más que un susto que me han querido dar por si se me está soltando la lengua. La rumana, la niña que llegó hace menos de dos meses, le contó a mi chulo que me había visto en una cafetería hablando con una mujer que anotaba cosas en una libreta. Y claro, el hombre vino hecho una furia preguntándome que quién era usted y de qué cosas hablábamos. Yo le dije que era maestra y que me está enseñando a leer y a escribir. Aun así me pegó, pero

se quedó más tranquilo. De todas formas, por su bien —ya no por el mío— considero que es mejor que se aleje. Que esta sea la última vez que nos veamos. Yo le cuento todo lo que usted quiera. Tenemos unas cuantas horas por delante y si con eso no le basta, va a tener que inventarse el resto usted, que de seguro sabe hacerlo. La última vez quedamos en que le hablaría de Rosa. De mi Rosa querida, Dios la tenga en los reinos de la gloria. Ella nació en Cali, como yo, tres meses más tarde. Nuestras familias eran vecinas. Vivíamos en el mismo poblado. Todos los recuerdos que tengo de mi infancia son de la mano de mi Rosa. Juntas llegamos a Canarias y juntas pervertimos las calles de esta ciudad. Rosa tuvo mala suerte, poco aguante. Recuerdo su primera noche. La *madame* la llamó porque habían entrado dos clientes que la vieron en la esquina y querían contratar sus servicios. Eran dos viejos de sesenta y tantos años. De estos hombres que huelen mal. De los que creen que las mujeres somos de goma. De usar y tirar. Unos viejos verdes que vieron la inocencia de Rosa y no dudaron un segundo en arrebatársela. Se la llevaron. De camino a la habitación iban manoseándola y apretándole las tetas como si no fueran reales. Hubiese dado mi vida por cambiarme por ella, mami. Pero yo ya no era virgen. Dos horas pasaron destruyéndola. Dos horas que esperé quitándome la pintura de uñas verde pistacho con los dientes. Los vi salir y corrí a la habitación. Mi Rosa estaba tendida en la cama. Sin ropa. Había sangre en las sábanas. Ella no podía levantarse. Se la habían follado por delante y por detrás. Lo peor de todo es que el bote de lubricante estaba intacto. La desgarraron. La metí en la bañera con agua caliente mientras ella se revolvió por lo mucho que le quemaba el culo. ¿Alguna vez se la han metido por detrás, mami? Porque si no es así, ya le aviso de que no deje que le metan ni la puntita sin lubricante. Mi Rosa me contó, días después, que ambos alternaban para metérsela uno y otro. Por ambos lados, sin distinción alguna. Y que los oyó reírse cuando la vieron sangrar. «Ya se fue la virgen», le gritaban. Después de esa primera experiencia estuvo diez días con antibióticos por culpa de unos hongos vaginales. Pero no crea que de reposo, mami. Aquí se trabaja siempre, funcione o no la máquina. Nunca volvió a ser la misma. Cada tarde, a las siete, bajaba al bar y se bebía dos buenos cubatas. Así se preparaba para encarar a todos esos hombres con los que tenía que lidiar. Algunos solo venían a hablar. Seres solitarios. Incomprendidos que creían que una puta les daría consuelo, pero que no pasaban de llorar sobre su canalillo. Esos eran los mejores. Pagaban y no molestaban. Luego están esos muchos otros que vienen a descargar su ira con nosotras. A golpe de insulto y de cachetadas. Porque, aunque se supone que no deben pegarnos, sí que pueden. Hay un límite que no deben cruzar, que es dejarnos marcas o hacernos sangre. Pero de resto pueden hacer con nosotras lo que les dé la gana. Para aguantar esto hay que ser

muy fuerte, mami. Y ella no lo fue. Empezó por el alcohol pero le supo a poco. Luego vino la cocaína, que le dio algunos años de paz. Se evadía de este mundo y la mierda no le olía tanto a mierda. Pero también le supo a poco y acabó enganchada a la heroína. ¿Que qué hice yo? Nada. Rosa cambió. Se volvió un demonio. Siempre estaba enfadada. Violenta. Fíjese, usted, que se quedó embarazada, mami. Pero no de un cliente, sino de alguno con el que intercambiaba su cuerpo por un gramo de *crack*. Pero Servicios Sociales le quitó al bebé porque Rosa, mi querida amiga, nunca hubiese sido una buena madre, y menos por aquella época, en la que había enloquecido por culpa del vicio. Yo sabía que no iba a conseguir que dejara la droga, ¿cómo?, si era lo único que le hacía feliz. ¿Cómo consigues que alguien se aleje de la felicidad —que es lo que uno más ansía— aunque esa felicidad la lleve directa al cementerio? Yo hice lo que sabía hacer: ser su amiga. Conseguirle caballo cuando ella no podía. Aguantarle la ira desmedida cuando tenía el mono. O picarla cuando ya las manos le temblaba tanto que no podía meterse el pico ella sola. Su cuerpo parecía un colador, mamita. Agujeros por todos lados. Llegué a picarla hasta en la planta del pie. Cualquier lado valía. Cualquier vena era bien recibida. Cualquier parte de su cuerpo. Los muslos, los brazos, las piernas, toda ella receptiva a ese veneno que una vez que le entraba en la sangre la llevaba hasta Dios. Días antes de morir se me lo dijo: «Hermana, he visto a Dios», después de esa revelación se colocaba más a menudo. Pero no murió de sida, aunque lo tenía. Rosa compartía coño y jeringuilla con cualquiera que le diera caballo. Murió de una sobredosis. Así lo decidió ella. La culpa fue del encuentro con Dios, él quiso llevarse a mi Rosa. Él la sedujo. A saber qué le dijo. A saber con qué la convenció. Porque todo cambió desde que ella me dijo que se lo había topado de frente y que yo debía perdonarlo. Hasta eso me pidió la buena de Rosa, que hiciera las paces con Dios. No, mami, por ahí no paso. Ya me encargaré de darle mis razones cuando me llegue la hora, si es que alcanzo a ir al cielo.

—¿Y qué vas a hacer ahora, Zene?

—Lo que llevo haciendo todos estos años.

—Pero me gustaría ayudarte.

—No se sienta responsable de mí, mami. No pretenda salvarme. Mujeres de mi calaña hay demasiadas en la ciudad, ¿pretende salvarnos a todas? No le alcanzaría la vida, porque muchas de nosotras no queremos ser salvadas. Sálvese usted, mami, que aún está a tiempo. Sálvese de ese perro llamado tristeza que lleva pegado al pecho. No pierda su tiempo ayudándome a mí. Yo tengo la vida que quiero y la llevo a mi manera. Pero, ¿es usted feliz? ¿Lleva la vida que

quiere? ¿Por qué vaga de un lado a otro como una muerta?

—¿Y qué es la felicidad, Zene? Hay tanto escrito sobre ella, pero dime tú, qué es realmente la felicidad.

—No lo sé, Carolina. La felicidad son instantes. Pero le aseguro que no lleva nombre de macho. Porque yo creo, Carolina, que el perro que lleva pegado al pecho tiene nombre de hombre y, déjeme decirle, que si estoy en lo cierto se está equivocando. Si está sufriendo por amor, mal va. ¿Qué es el amor, Carolina? A lo largo de mi carrera de puta he escuchado cientos de historias sobre el amor y el desamor. Todo el mundo busca desesperadamente que lo amen porque sentirnos amados nos hace sentir vivos. Nos hace sentir importantes. Sin embargo, luego desperdiciamos eso que tanto anhelamos. Las parejas se engañan. Se mienten. Siempre quieren buscar fuera lo que ya tienen en casa, porque tenemos la certeza de que todo lo ajeno es mejor. Más excitante. Vivimos en un mundo disconforme. Nada nos hace feliz. Vamos a la deriva esperando que llegue ese gran momento en el que seamos felices. Y en ocasiones nos morimos sin saber que ese «gran momento» fueron todos y cada uno de los instantes de nuestra vida. Todos, porque si no fuiste feliz, seguro que al menos aprendiste. Pero para aprender uno debe tener los radares siempre puestos. Los sentidos agudizados y, sobre todo, la honestidad a flor de piel. No podemos engañarnos. Míreme, soy puta, ¿y qué? No me escondo. Esta soy yo, para lo bueno y para lo malo. ¿Hubiese deseado una vida mejor? ¡Pues sí! ¿Me vale de algo lamentarme? ¡Pues no! ¿Estoy orgullosa de la mujer que soy? ¡Por supuesto! ¿O acaso cree que debajo de esta piel —que no es mía— no hay nada más? Esto que ve no soy yo. Yo soy un poco de todos mis clientes. Lo esencial lo llevo por dentro. ¿Y usted está orgullosa de la mujer que es?

—Hace mucho tiempo que no sé quién soy ni en qué parte del camino me quedé.

—Pues búsquese, mami. Y no tarde en encontrarse. No se abandone, que ya le digo yo que nadie se va a abandonar por usted. ¡Y no porque no lo valga! Sino porque cada uno debe mirar por sí mismo. Venimos solos a librar la batalla de la vida y solos moriremos en la contienda. ¿De veras cree que merece la pena pasársela agonizando por alguien? ¡Cuídese, Carolina! No pierda más tiempo *recontramargada*.

—Entonces, ¿esto es una despedida? Odio las despedidas. Siempre que alguien me importa se va.

—Pues no se abandone, para que no se eche de menos, ya que es usted misma quien más debería importarle. Deje de proyectar hacia afuera lo que debería proyectar hacia adentro. Acaso, ¿cada vez que le tiende la mano a alguien no es un grito de auxilio para que se la tiendan a usted? ¿No dicen los gurús que

damos lo que queremos recibir? Carolina, soy puta, pero sé tanto de la vida... Esto no es una despedida, es un hasta luego. Yo seguiré en mi esquina y le haré un guiño cada vez que pase por allí. Pero es mejor que se aleje. Cuando salga el libro se armará tremendo revuelo, mami. Y aunque ya le aviso de que mi chulo no lee, la palabra *prostitución* siempre hace que se le levanten las orejas. Que usted sea tan descarada y vaya a ir contando por ahí, en los periódicos o en un libro, que en la ciudad hay menores prostituyéndose en contra de su voluntad o por voluntad propia pero sin otras opciones, y que los que deben hacer algo están mirando para otro lado, le va a traer demasiados enemigos. No sé si eso refleja lo poco que valora su vida o lo mucho que valora la ajena. No lo sé, mami. Porque usted es un misterio.

Nos despedimos con un abrazo. No pude evitar llorar al ver las pocas opciones que tenía. Zene era una mujer inteligente. Curtida por la mala vida y con la sabiduría que dan los daños. Podría haber llegado muy lejos; sin embargo, ya se había rendido.

Eulalia

Pequeña, no sabes la alegría que me has dado al ver que ya dejaste partir a Pablo. Sé lo mucho que te habrá costado, pero estoy segura de que fue la mejor opción. Ahora empieza lo bueno, como dijo un pensador escocés: «la alegría ha sido llamada el buen tiempo del corazón», y tu corazón en breve empezará a tener más claros que nubes. Y si tienes dudas, pregúntate cuántas veces me he equivocado. Ya te decía yo que sabe más el diablo por viejo que por diablo. Empiezo a encontrar la paz porque veo que tú resurges. Te reinventas, como tantas veces has hecho antes y como tantas veces te quedan aún por hacer. La vida no es fácil, Carolina, ¿qué te voy a contar, pequeña? Si eso lo descubriste a muy temprana edad. Pero se sale adelante. También depende del empeño que le ponga uno. ¿Qué sería de la vida sin las penas y alegrías y el buchito de café? Sé que la felicidad es el deseo de repetir, como decía Milan Kundera, y que tú crees que tu felicidad está al lado de Pablo, repitiendo con él... Y nada más lejos, querida. Aprende a decir adiós. Aprende a dejar ir. La vida es un viaje. Todo cambia constantemente, por fuera y por dentro, el problema es que vivimos lo que nos ocurre dentro como si fuera permanente. Agradece el aprendizaje, aunque duela. Aprende a soltar. Y aprende a amarte. Sé tu mejor amiga. Tu cómplice, tu confidente. No te falles nunca. No te vacíes por nadie. Y recuerda cuando vuelvas a amar —porque volverás a enamorarte— que el amor es bidireccional, si no, no es amor. Que el amor no se mendiga, porque es un acto de generosidad. Que el amor no implica lucha, sino esfuerzo. Pero todo esto ya tú lo sabes, solo debes volver a ti, escucharte y reconciliarte con la mujer que fuiste. Con la mujer que te espera con ganas para seguir contando historias. Dibujando sueños. Me toca despedirme a mí también, querida. Tardaremos en volver a vernos, pero descuida, que te estaré velando desde el cielo.

Carolina, recuerda las palabras de Pio Baroja: «*Cuando el hombre se mira mucho a sí mismo, llega a no saber cuál es su cara y cuál es su careta*».

39

Abril llegó abriéndose paso entre la oscuridad de marzo. Le dio esquinazo a las nubes y espantó al viento. El sol volvió a su puesto de trabajo y las flores se pintaban de colores para coquetear con él. Abril es el mes en el que todo florece y yo veía señales por todos lados. Entré en el despacho de Sofía con la emoción de una niña con su primer sobresaliente.

—¡Oh, por fin, Carolina! Vamos un poco justos de tiempo. Debería haber estado en la imprenta ayer, igual que tu columna.

—Lo sé, Sofía. Me pondré con la columna ya. Solo quería darle un último repaso al libro.

Entonces lo vi. Reparé en él. Tantos años entrando y saliendo de aquel despacho y nunca me había dado por mirar a las personas que sonreían en el portarretrato de madera que reposaba en la mesa de mi jefa. Sofía e Ian aparecían en las pistas de nieve de Formigal. Se les veía feliz. ¿Juntos? ¿Por qué nunca había reparado en aquella imagen? Quizá nunca antes había estado ahí.

—¿Sorprendida?

—¡Eh, no! Ya sabía que tenían relación.

—Y tanto, como que es mi hijo.

Me agarré al respaldo de la silla. La cabeza me empezó a dar vueltas. ¿Su hijo? ¿Cómo que su hijo? ¿De qué iba todo aquello?

—Carolina, siéntate. Deberías conocer la historia de Ian antes de rechazarlo. Antes de perder la oportunidad de estar con un gran hombre. Con un hombre de verdad.

Reflexiones de una sucia feminista

Ser mujer mola más, querido

*Mi abuela repetía una frase que quedó en mí **ad perpetuam memoriam**... “Para la próxima vida me pido ser hombre”.*

Al principio pensaba que la pobre mujer, a su edad, y a pesar de llamar a cada uno de sus hijos por su nombre sin necesidad de nombrarlos a todos para dirigirse a uno, estaba empezando a chochear. Llegué incluso a pensar que debido a su educación tan reprimida y llena de tabúes tenía alguna crisis de identidad sexual. En cambio, con el paso del tiempo, cobra sentido esa expresión, ya que hombres y mujeres no somos tratados ex equo.

No voy a hablar del papel de la mujer a lo largo de la historia porque todos estamos duchos en el tema. Hemos crecido escuchando las historias de nuestras abuelas y de nuestras madres, y muchas de nosotras en alguna ocasión nos hemos jurado no vivir la vida que vivieron ellas. Para ello hemos trabajado mucho, siempre el doble que los hombres, y hemos tenido que zigzaguear con ideales machistas que aún perduran en la suciedad actual que va de progre.

Romper barreras, luchar por nuestros derechos o conseguir la igualdad son muchas de nuestras reivindicaciones que se repiten generación tras generación (como la historia interminable). Pero a pesar de haber una palpable evolución continuo escuchando comentarios sexistas que justifican con el argumento de que los hombres son harina de otro costal.

Algunos ejemplos los cito a continuación:

1- Cuando un hombre tiene una vida sexual activa y variada (lo que viene a ser un Jhony melenas, terror de las nenas) es un campeón, un macho de buena casta. En cambio, una mujer que juega en la misma liga, libre e independiente, que se acuesta con quien le da la real gana, es una guarra, una puta y demás adjetivos despectivos.

2- Una mujer madura que decide iniciar una relación sexual o sentimental con un chico más joven es una vieja amargada y asaltacunas. Por el contrario, un hombre que conquiste a una jovencita es un Casanova, ¿y ella? Pues ella una aprovechada que viene a sacarle la pasta. Así, tal cual.

Sumo y sigo.

3- Cuando nosotras cambiamos de humor somos bipolares, cuando ellos sufren de «reglas masculinas» es porque están agobiados con el trabajo y nosotras

somos unas ingratas que no empatizamos con lo complicado de ser hombre.

4- Un hombre celoso es sinónimo de enamorado, de guerrero valiente que no quiere que se acerque ningún dragón a su princesa. Y nosotras debemos estar orgullosas de ellos. Ahora sí, cuando las celosas somos nosotras no se crean ustedes que somos unas guerreras valientes que luchamos contra zorras que quieren comerse a nuestro hombre. ¡No! desde luego que no. Somos unas paranoicas que vemos y olemos fantasmas donde no los hay. Como si nuestro radar viniese mal de fábrica.

Lo que ellos no saben es que cuando falla recalculamos ruta y nos actualizamos como un Android.

5- ¿Y qué es una mujer soltera? Pues una solterona. Mientras ellos gozan del título «soltero de oro».

6- Y ya no hablemos del éxito profesional, ¿qué destacas? Se la chupas a tu jefe. ¿Que no destacas? Es que eres mujer y no das para más. Sin embargo, del hombre siempre se espera el éxito por el simple hecho de llevar un rabo colgando.

Pero a pesar de lo descrito, que no es poco, también tenemos que lidiar con ser un puto icono sexual. Sí, así es, trozos de carne expuestos en una cultura frívola y materialista como patas de cerdo que cuelgan de una vara de hierro en la carnicería del pueblo.

Machismo hasta en la publicidad

Hace algunos días, mientras hacía zapping, me topé con una publicidad que invitaba a jugar al póker on line. Lo que me llamó la atención no fue el póker, ni la partida, ni siquiera la posibilidad de jugar y ganar. Lo que me llamó la atención fue que la imagen que invitaba a jugar a ese mítico juego de cartas era una mujer con dos buenas barajas como razones, morritos y mirada perversa. Aún sigo sin entender la estrategia de marketing, ¿en serio? ¿Para anunciar una partida de póker?

¿No se supone que se juega con cartas donde gana el que tenga una Escalera Real de Color que comprenden las cartas 10, J, Q, K, A, del mismo palo? Y este mercadeo femenino no sólo sucede en juegos de baraja. ¿Qué me dicen de los cuerpos atléticos de las chicas que aparecen en las cajas de cereales? ¿O las que salen en los anuncios de cremas anticelulíticas? ¡Joder! Que aún no he visto un anuncio de crema antimichelín masculino. Que no tenemos que estar buenas, que el tamaño de nuestro culo no está relacionado con el tamaño de nuestro cerebro. Que si partimos de esa premisa, ustedes, los hombres, saldrían perdiendo; porque si tiene el cerebro del tamaño de la p ****, más a nuestro favor, así no piensan sino balan como cabras en celo. Pero me ha tocado ser mujer en esta vida, quizá en la próxima sea hormiga o incluso puede

que Dios me castigue por este artículo y me toque ser hombre, como deseaba mi abuela, en cambio yo...

Yo por primera vez discrepo con la sabiduría de mi nana. Yo para la próxima vida no me pido ser hombre, porque ser mujer mola más, querido.

Terminé de escribir el artículo con la certeza de que esa semana tendría que lidiar con el aluvión de críticas que me caerían encima como agüita de mayo. Pero sabía cómo defenderme, por méritos propios me había ganado el apodo: «*sucia feminista*». Todo parecía cambiar. *Las caricias que no me diste*, estaba a punto de nacer. Pablo, aunque aún seguía más presente de lo que yo quería, se iba difuminando e Ian... ¿Qué hacer con Ian?

41

Ian

Ian nació con el síndrome de abstinencia neonatal. Un bebé escuálido. Llorón. Y con ganas de un tiro de coca. ¿Cómo es posible que un pequeño ángel que aterriza en la tierra sea drogadicto? Pues cuando te pare una madre drogata que se pasó el embarazo metiéndose por la nariz todo lo que pudiera aspirarse y, a su vez, traspasándosele a su pequeño por el cordón que conecta con la placenta. De su padre poco se sabe. Pudieron ser tantos... Ian pasó el mono, pero por suerte no tuvo que pasar más de los nueve meses de gestación con la yonqui que le dio la vida y casi la muerte. Servicios Sociales se encargó de él y así llegó hasta Sofía. Una mujer estéril con el instinto maternal desbordado. La directora del periódico estaba sumida en una depresión cuando Ian apareció para devolverle las ganas de vivir. Meses de papeleo, de entrevistas con psicólogos y trabajadores sociales para asegurarse de que estaba en sus cabales y podía cuidar del niño. Y por fin fue suyo. De eso hacía ya veintiocho años. Su marido y ella le dieron todo el amor que un crío puede esperar recibir de sus padres. Era un pequeño sano y travieso. Le fascinaba la ciencia y los caballeros del zodiaco y, de mayor, quería ser médico del corazón para que su padre dejara de tomar esas pastillas de colores. El marido de Sofía tenía una cardiopatía congénita. Murió cuando su hijo tenía catorce años. Pero no todo fueron violines cuando Ian llegó a casa de Sofía con apenas unos meses. Cuando tenía cinco años su madre, la biológica, la yonqui, lo secuestró, pero no con el fin de recuperar los años perdidos de su retoño, sino a cambio de dinero. De esta forma el marido de la directora de *Al Día* se hipotecó con la malnacida que parió a su hijo y durante más de diez años, mensualmente, le daba una suculenta suma de dinero. Todo era poco con tal de proteger a su niño. Pero Roberto murió y Sofía no quiso seguir pagándole los vicios a esa descarnada que le hizo —sin ella saberlo— el mejor regalo del mundo, Ian. La muerte de Roberto no fue fácil de superar. Sofía intentaba mantenerse entera, dar ejemplo, y su hijo se volvió un adolescente rebelde. Se escapaba de casa. Tenía amistades raras. Fumaba porros y descubrió que su madre no era su madre y que el padre al que lloraba no era su padre. La yonqui que lo escupió de entre las piernas se coló entre sus nuevas y malas amistades y le contó la verdad. Dos semanas tardaron en encontrarlo en un piso con su madre, la verdadera, y otros muchos drogadictos y prostitutas, colocados hasta las cejas. Sofía lo internó en un centro de desintoxicación. Iba cada día a

visitarlo. A demostrarle su amor, pero, sobre todo, a recordarle que había hecho una promesa. Las cosas fueron volviendo poco a poco a la normalidad. A Sofía le tocó sincerarse y contarle todo lo que la mente inquieta de su hijo quería saber. Las aguas se calmaron. Se repusieron a la muerte de Roberto e Ian superó la adolescencia y cumplió su promesa: estudió medicina. En su primer año como residente intentó salvarle la vida a su madre —la yonqui— que llegó con una sobredosis, pero no pudo hacer nada. Había mezclado demasiadas cosas. Demasiado caballo y demasiado adulterado. Una colombiana sin papeles. Una rosa que no supo capear el temporal de la vida y se fue marchitando con el paso de los cuerpos que deshojaron los pétalos de un corazón —que alguna vez— tuvo ganas de vivir. Murió en sus manos e Ian lloró la mala suerte de su madre, reconociendo en ella un poco de él. En sus venas un poco de su sangre. ¡Qué caprichoso es el destino! Aquella frágil mujer le había dado la vida. Pudo haber seguido sus pasos, lo llevaba en los genes, pero se salvó. Porque de eso va esto a lo que llamamos vivir, de salvarnos constantemente; de otros y, la mayoría de las veces, de nosotros mismos.

No sabía muy bien a santo de qué su jefa le había contado todo aquello. Lo normal es que la quisiera lejos de su hijo. Que no la considerara suficiente. Que no la considerara merecedora de un hombre como él. Y tal vez así lo pensaba, pero el amor que sentía por Ian era tan incondicional que verlo feliz era su *leitmotiv*. «Carolina, Ian es lo único que tengo en la vida y no quiero verlo sufrir. No sé qué ha visto en ti, pero está enamorado. Tú eres una buena chica y yo sé que soy mejor suegra que jefa. Intenta ser feliz, Carolina, y hazlo feliz a él», me dijo antes de que yo saliera de su despacho con la tristeza enredada en la conciencia.

42

Epílogo

Mayo dio a luz a *Las caricias que no me diste*. Sofía se encargó de que ningún medio de comunicación se quedara sin conocer la noticia y yo me vi envuelta en un ir y venir de platós de televisión y emisoras de radio, para explicar —sin saber muy bien de qué iba— mi novela. Sin saber muy bien de qué iba porque por más que la releía yo solo alcanzaba a ver mi forma de subsistir a una de las peores etapas de mi existencia y, si tenía que ser algo, sería una declaración de desamor. ¡Ah, claro!, y la historia de Zene, la puta colombiana. La superviviente. Porque, al parecer a la gente le gusta el drama. La herida sangrante. Saber que los demás mortales también nos desmembramos por amor. Hablar de putas... Zene seguía en su esquina y, como me prometió, cada vez que pasaba a su lado me hacía un guiño. Me hubiese encantado salvarla, pero al final me salvó ella a mí. Estaba ansiosa por presentarle a Ian, sé que le haría mucha ilusión saber que era hijo de Rosa. Sobreviví a Pablo, al menos una parte de la mujer que era consiguió sobrevivir. Sé que otra se quedó adherida a él de por vida. Y también sé que él nunca será consciente de ello. En cuanto a Ian, fui a su consulta, pero estaba en quirófano, así que le dejé una nota: *«y me abrazaras tanto/que no dejaras aire entre tú y yo que nos rindiera/y en medio del impulso aquel verano nos hiciera/ volviera a amanecer contigo aquí dejando huella»*.

Estoy esperando a que me conteste y sé que sea lo que sea... «Será para bien».

Aquí se cierra un ciclo, me reconcilio con el pasado e intento adaptarme al presente. El futuro aún me da algo de miedo y por eso le escribí una carta a la Carolina que me esté esperando al otro lado.

Carta a la mujer que seré en el futuro:

Hola, yo del futuro. No sé qué habrá sido de nosotras, si la que fui se habrá perdido en el camino y la que anhelaba ser ha llegado a la meta. No sé cómo serás cuando leas esto, si te acordarás de mí, de la que fui, de la que soy mientras te escribo.

Espero que en el futuro te hayas encontrado a ti misma, ya que no hemos parado de intentarlo en el pasado y en el presente.

Espero que sigas siendo auténtica. A veces demasiado desbocada, como una yegua salvaje. Pero es que tú eras así, impredecible dentro de tu transparencia. Espero que hayas aprendido a recomponerte... Fueron tantas las veces que nos rompieron y tantas las que quedan por rompernos, pero recuerda que cada roto —con su zurcido— te hará más resistente.

Espero que te hayas vuelto sordociega. No del todo. Solo de una sordoceguera selectiva, para que no escuches a todos aquellos que te gritan que no puedes, que no lo conseguirás. Para que no veas cómo te ponen una y otra vez la zancadilla. Para que no los creas. Para que no sufras... Amargados habrá también ahí, en el futuro. Y ya te digo desde el pasado y el presente, que el problema no eres tú, que esa mierda es suya.

Ya te aviso, desde aquí, que nadie muere de amor, aunque cada vez que te rompan el corazón sientas que se te escapa la vida entre las grietas del alma. Que las decepciones nunca vienen solas, y que los «jamás» se vuelven «siempre».

Espero que no hayas dejado de luchar por tus sueños. Hasta ahora no nos ha ido mal, me permito adelantarte que alguno hemos conseguido...

Es para mí importante, para nosotras, que no abandones tus principios. Da igual si están pasados de moda, da igual si ya nadie los usa. Tú aférrate a ellos: son un tesoro muy valioso, aunque la gente los pierda o los malvenda —se venda—.

También quiero revelarte un secreto, tómalo como una premonición, ¿te acuerdas de todas aquellas noches que pasaste llorando porque te fallaron? Fue el mejor regalo que pudieron hacerte. Después de la traición no está el suelo, sino el cielo.

Espero que no te hayas olvidado de bailar al son de la melodía de tu risa, y de abrazarte fuerte. Tus abrazos son los más auténticos que recibirás.

También quiero aprovechar —antes de despedirme— para hablarte de la envidia. Está por todos lados: a veces te la encontrarás en forma de mariposa —disfrazada de belleza— y te será difícil identificarla; otra veces se delata —vestida de maldad— de un modo u otro siempre te hará daño, por eso es importante para mí —nosotras— que recuerdes que «el envidioso no quiere lo que tú tienes, lo que quiere es que tú no lo tengas», así que siéntete merecedora de todos los regalos de la vida, que a ratos es generosa y a ratos egoísta.

¡Ah!, me olvidaba del miedo, quizá por miedo a hablar de él. Estará presente

siempre. Intentará alejarte de todo lo que sea bueno para ti. Su jugada maestra es boicotearte, hacerte dudar. ¡No caigas en sus redes! Si te atrapa no habrá vuelta atrás. Yo he ido escapando, por favor, en el futuro no me decepciones.

Yo del futuro, espero que cuando llegues ahí te sientas orgullosa de ti, de mí. Que las heridas sean el recuerdo de que hemos peleado por llegar lejos, algo así como hasta la luna.

Letras de las canciones de Vanesa Martín

Te has perdido quién soy: *«Te has perdido quien soy/lo que estaba dispuesta a entregarte/ te has perdido quien es/ la mujer que ahora tienes delante/ como suena mi voz/ una tarde de abril y levante/ no me hiciste el amor/ cada vez que era tuya mi sangre/ como respiro/ como amanezco cuando hay tormenta».*

El amor no se explica: *«que te suene la vida a pregunta y se quede contigo/ que tu voz nunca pida perdón por querer revelarse/ nadie es dueño de nadie jamás/ y mil veces me quiero matar por querer que te salves».*

Si me abrazaras: *«y me abrazaras tanto/que no dejaras aire entre tú y yo que nos rindiera/y en medio del impulso aquel verano nos hiciera/ volviera a amanecer contigo aquí dejando huella».*

Poema de Borges

*Entre mi amor y yo han de levantarse
trescientas noches como trescientas paredes
y el mar será una magia entre nosotros.*

No habrá sino recuerdos.

*O tardes merecidas por la pena,
noches esperanzadas de mirarte,
campos de mi camino, firmamento
que estoy viendo y perdiendo...*

Definitiva como un mármol

entristecerá tu ausencia otras tardes.

Biografía



Elizabeth López Caballero (Las Palmas, 1985) es profesora especialista en AL (Audición y Lenguaje) mediadora de conflictos, instructora de yoga infantil y una gran activista. Actualmente se dedica a la docencia y preside ACAELP (Asociación Contra el Acoso Escolar de Las Palmas). También es colaboradora del periódico La Provincia, donde publica artículos de opinión en su columna El lápiz de la luna. Su gran hobby es la literatura y es autora de varias novelas, tales como Sí, los ángeles también lloran (2013), En tierra de demonios (2014), La niña de la luna (2016) y Las caricias que no me diste (2017).

RRSS:

<https://www.facebook.com/ellapizdelaluna/>

<http://www.laprovincia.es/blogs/elizabeth-lopez-el-lapiz-de-la-luna/>

caballerolopezelizabeth@gmail.com

Table of Contents

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[Biografía](#)